

JOSE P. SALDAÑA

APUNTES POLITICOS Y SOCIO-ECONOMICOS
DE MONTERREY

U A N

SIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO

CIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

138
16
74
36

Sobretiro de HUMANITAS, Número 15.

Universidad Autónoma de Nuevo León, 1974.



Lentamente, pero con firmeza, crecía la población. La agricultura y la ganadería formaban los pilares de la subsistencia, después fue integrándose la artesanía: muebles sencillos, zapatos, monturas, frazadas, telas, alfarería...

La rueda del tiempo giraba con exactitud inalterable. Monterrey crecía, con parsimonia, que hacía dudar de su destino de Metrópoli.

Pasaron dos siglos agotadores. Tiempos breves de paz; las acometidas de los indios se sucedían con frecuencia. Para otros colonizadores, carentes del carácter férreo de los de aquí, la desbandada hubiera sido el curso natural de aquella situación.

La selección de los pobladores se hacía por sí misma: quienes resistían los rigores de la temperatura, la mezquindad de la tierra, y los ataques de los indios salvajes, se quedaban, los demás emprendían la marcha hacia lugares más benignos.

En este ambiente de lucha y de angustia Monterrey vio expirar el siglo dieciocho, recibiendo los albores del siguiente con signos de inquietud.

La Revolución Francesa y la Constitución de los Estados Unidos del Norte, bajo la égida de los principios liberales, habían llevado a los pueblos sometidos a la Corona de España a una esperanza de redención. Para la Nueva España, amplio campo colonial, que se extendía desde Nuevo México hasta Centro América, la inquietud se filtraba mediante libros y folletos que sigilosamente se introducían al país.

Durante la primera decena del siglo diecinueve las inquietudes políticas de emancipación fueron aumentando hasta iniciarse, el 15 de septiembre de 1810, la independencia nacional. Encabezó el movimiento el Cura de Dolores, Guanajuato, don Miguel Hidalgo y Costilla, secundado por los capitanes don Ignacio Allende y don Ignacio Aldama.

Nuevo León jugó un importante papel durante la Revolución de Independencia, que tuvo su epílogo favorable en septiembre de 1821, conforme al Plan de Iguala firmado por don Vicente Guerrero y don Agustín de Iturbide.

Monterrey recibió con regocijo al Gral. don Mariano Jiménez procedente de Saltillo, en donde había establecido su Cuartel General. Con instrucciones precisas de Hidalgo se le había encomendado dirigir la insurrección en todas las Provincias de Oriente.

Hombre culto, de principios religiosos arraigados, tolerante, enérgico y valiente, había logrado la sumisión de los contingentes de la Colonia a base de una actitud respetuosa, honesta y convincente sobre los ideales que encarnaba la independencia.

De antemano había enviado al Coronel Juan Bautista Carrasco quien, siguiendo los lineamientos de conducta sugeridos por Jiménez, había logrado

que se incorporaran a la insurrección don Manuel Santa María, gobernador del Nuevo Reyno de León, y el coronel Juan Ignacio Ramón, jefe de las fuerzas realistas.

Para cuando Jiménez arribó a Monterrey, a fines de enero de 1811 ya se había jurado la proclamación de la independencia el día 17 del mismo mes, con asistencia de los jefes mencionados, tropa y funcionarios públicos.

En esa época Nuevo León tenía algo más de 35,000 habitantes y Monterrey solamente 7,000. Sus elementos vitales consistían en 51,000 cabezas de ganado vacuno, 55,000 de caballo, 3,000 de asnar, de pelo y lana 1.200,000, y de cerdo 3,500. Estos números tienen de base el padrón levantado en 1803.

El entusiasmo que despertó la insurrección fue como una aurora boreal oscurecida de pronto por las nubes.

Habiendo concentrado Hidalgo las fuerzas de que disponía en Saltillo, acordó con Allende, Jiménez, Aldama y demás jefes, marchar rumbo a Chihuahua con el propósito de allegarse elementos de combate procedentes de los Estados Unidos.

En camino la columna fue sorprendida por el coronel Ignacio Elizondo en Acatita de Baján. La emboscada se realizó porque se le creía fiel a la insurrección, ya que Jiménez le había reconocido el grado de coronel proporcionándole dinero y armas; pero no quedó conforme. Como fruto de la sorpresa cayeron prisioneros todos los jefes insurrectos y fusilados más tarde en la ciudad de Chihuahua.

La represión de los militares españoles tuvo aspectos crueles, en contradicción a la actitud humana de los revolucionarios.

Cuando se abusa de la fuerza la reacción siempre es violenta. El pueblo estaba en condiciones de comparar entre la opresión que sufría y la libertad de que disfrutó durante el breve gobierno de la insurrección. En tal situación había tomado partido al lado de los que peleaban por la independencia, manteniendo viva la llama de la libertad.

Siguieron años difíciles para la causa nacionalista; pero los brotes de rebeldía se sucedían con frecuencia, manteniendo en pie los principios proclamados por Hidalgo.

Una de las contribuciones más fecundas del Nuevo Reyno de León a la independencia procede del fabuloso Fray Servando Teresa de Mier y Noriega, originario de Monterrey.

En tanto se combatía a través del extenso territorio de la Nueva España por la independencia, el ya para entonces famoso fraile, por medio de la prensa, de folletos y libros, luchaba denodadamente por la sublime causa. Salía de una prisión de España, por la buena o por la mala, y no tardaba

mucho en volver a las mazmorras; pero su espíritu admirablemente lúcido no se intimidaba.

En el año de 1813 publicó en Londres su famosa obra en dos tomos: *Historia de la Revolución de la Nueva España*. Fue tal el impacto que causó en las principales naciones europeas, que a partir de entonces se tuvo como un hecho la independencia.

Incansable en sus correrías se alió con el general español Francisco Javier Mina, a quien convenció para que armara una expedición que invadiera el territorio de la Nueva España en apoyo de los insurgentes, que a pesar de su denuedo y acción constante se veía con frecuencia en condiciones lamentables.

Mina, de ideas liberales, pensando en la posibilidad de combatir a Fernando VII, que encarnaba el absolutismo, se dispuso a emprender la empresa embarcándose en mayo de 1816 rumbo a los Estados Unidos del Norte.

Después de la travesía, siempre azarosa en aquellos tiempos se incorporó al grupo de mexicanos que luchaban en los Estados Unidos por la independencia. En estos menesteres desempeñaba importante papel el Padre Mier.

Cuando había reclutado trescientos hombres fletó tres buques y emprendió la aventura con los elementos de combate indispensables. Desembarcó en Soto la Marina, Tamaulipas, el 15 de abril de 1817, internándose en el país.

Su actuación fue la de un estratega conocedor de todo cuanto interviene en la guerra. Una sucesión de triunfos que causaron admiración le dieron renombre al grado de alarmar al Virreynato.

Pronto se hicieron sentir los efectos de aquella deslumbrante acción. Por una parte el fortalecimiento del ánimo insurgente, y por la otra la represión más aguda de las fuerzas imperiales.

Había que combatir al peligroso nuevo enemigo. Se destinaron los mejores contingentes con tal finalidad. Numerosos regimientos perfectamente equipados salieron a su encuentro. A pesar de tratarse de miles de soldados y de jefes experimentados no fue tarea fácil acabar con aquella fulgurante figura.

Varios combates, en desiguales proporciones, minaron los contingentes de Mina, hasta que, perseguido sin tregua por el coronel Orrantia, fue hecho prisionero, llevado esposado al fuerte de los Remedios, en donde fue fusilado por órdenes del general Liñán.

En tanto que Mina, a los 29 años de edad, pasaba a la inmortalidad, el padre Mier, padecía en las mazmorras de la Inquisición otro infernal cautiverio.

Veamos la forma en que el mismo padre Mier, en sus famosas memorias refiere este suceso. Para el caso recordemos que al desembarcar en Soto la Marina con Mina, éste siguió rumbo al interior quedándose el padre Mier en Soto la Marina con un pelotón de soldados al mando del capitán José Lardá. El general Arredondo se presentó al frente de una brigada bien armada, con una sección de artillería, frente al fuerte ocupado por los insurgentes, y como no consiguiera la rendición incondicional, abrió fuego con tal aparato como si se tratara de un encuentro entre fuerzas semejantes en número, cuando en realidad significaban cincuenta por uno. Después de tres días de combates se rindieron los sitiados mediante convenio de respeto a sus personas e intereses, compromiso no cumplido por Arredondo. He aquí lo que le sucedió al padre Mier:

"A poco me pusieron un par de grillos y a las once de la noche me sacaron sobre un macho aparejado con una escolta de veinticinco hombres. Dejo a la consideración de ustedes lo que habré sufrido con semejante equipo y en una edad avanzada, en la fuerza de los calores y de las lluvias, en bagajes todavía peores, y pasando largo rato en la plaza de cada lugar expuesto a la vergüenza pública. La humanidad sucumbió y estuve muy malo de calentura en Huejutla".

Entre los personajes de la Nueva España que contribuyeron a la independencia, tal vez ninguno reúne las cualidades del padre Mier: intelectual profundo, de valor indomable, de increíbles recursos para hacerse escuchar en todo el mundo, inquebrantable en su fe liberatoria, indomable ante los tormentos a que era sometido, poseedor del secreto de las evasiones de cárceles infranqueables, resistente física, espiritual y moralmente a las angustias de los cautiverios hasta lograr, después de 15 años de ardorosa lucha, que se constituya el país en nación independiente.

Con la consumación de la independencia recobró el padre Mier la libertad. Había logrado que su anhelo mantenido durante largo lapso, en medio de penalidades indescriptibles, significara el final de sus inquietudes y un merecido descanso lo mantuviera alejado de la lucha política. Los hechos hablaban de lo contrario. Continuó su ardorosa actividad en el plano ya de la configuración constitucional de la Nación, en cuyo empeño, lleno de fulgores de patriotismo y sapiencia, contribuyó en proporción admirable.

Entre tanto en Nuevo León se había seguido con entusiasmo la ruta de la Independencia, conservando la memoria del ilustre insurgente don Mariano Jiménez, y de sus seguidores don Manuel de Santa María, gobernador de la Provincia, y de don Juan Ignacio Ramón, jefe de las armas, fusilados en Chihuahua, después de la emboscada de Baján.

Como ejecutor en el campo de batalla del sentimiento de rebeldía de los nuevoleonenses, figuraba en primer lugar el infatigable guerrillero José Herrera. En varias ocasiones atacó Monterrey, manteniendo en constante alarma a las tropas realistas.

Como jefe de las operaciones en la región operaba el brigadier don Joaquín Arredondo. Se trataba de un individuo tan presuntuoso, venal y atrabiliario, como desprovisto de todo signo de valer personal. Convertido en azote del pueblo, en burlador de la ley y en supremo juez, concitó contra él mismo el odio de todo mundo, aun de las autoridades eclesiásticas.

Es regla general que los déspotas, en los momentos de prueba, dan muestras de cobardía y de indignidad. El caso de Arredondo no constituye la excepción. En el momento mismo en que llegaron a Monterrey noticias, procedentes de México, de que se había proclamado la independencia del país, doblegó la cerviz disponiéndose a secundar el movimiento, a cuyo efecto rodeado de su séquito juró en Monterrey la independencia, entre el júbilo del pueblo que la proclamaba ruidosamente el 3 de julio de 1821.

Llegamos a una etapa especial de extraordinaria espectacularidad. Pasaba el país de la subordinación a España a la independencia de toda liga política. ¿Sería capaz de asentarse con la firmeza necesaria para mantenerse en esa condición? El tiempo sería el que determinara la situación definitiva.

En cuanto a Monterrey, que con entusiasmo había asistido al cambio ¿cuál era entonces su situación económica-social?

No es difícil valorar sus alcances, bien entendido que cuando hablamos de Monterrey implícitamente estamos haciendo referencia a Nuevo León. Sería artificial hacer la desasociación de lo que constituía un todo armonioso.

Agricultura, ganadería, minería, comercio, artesanía, todo se movía obediendo a un mismo patrón. Monterrey, con ser la capital del estado no se diferenciaba de las demás poblaciones en su forma de vida, si acaso por un ritmo más acelerado por su mayor población.

Como ha quedado asentado, Monterrey había permanecido durante los primeros dos siglos de su existencia, en una situación de aguda crisis. Las continuas guerras con los indios de la región, indómitos por atavismo, y las dificultades para las comunicaciones con el resto del país, no permitían el aprovechamiento debido de los recursos naturales ni la gran reserva de energía y de capacidad de trabajo de los regiomontanos, herederos de la vitalidad creadora de los fundadores de la ciudad.

Hacía falta ambiente propicio para el desarrollo de una comunidad que anhelaba marcar con signos positivos el pensamiento visionario de los fun-

dadores de la ciudad. Parecía que con la independencia había llegado el momento esperado.

Era justificado este sentimiento. Los siete mil habitantes de Monterrey, que saludaban el advenimiento de una nueva vida, sabían que había el compromiso de mantener con tesón el preciado don que se había conquistado.

No puede hablarse todavía de condiciones sobresalientes de industria y comercio de esa época. Sin embargo cabe señalar que la artesanía había progresado en forma notable.

Se tenía por costumbre el intercambio o trueque de productos entre las diversas regiones del país. Por lo que hace a Nuevo León era autosuficiente en lo tocante a los artículos de primera necesidad: maíz, frijol, trigo, papa, frutas y verduras.

En cambio le hacían falta café, tabaco, arroz y ciertos productos de telas, adornos y útiles caseros. Para obtenerlos y conseguir recursos monetarios los regiomontanos efectuaban trueques y vendían diversas artesanías de buen gusto y magnífico acabado.

La materia prima se tenía a la mano en abundancia: lana, algodón, madera, mármol, cueros, ixtle, barro... que mediante el ingenio y la tenacidad de los regiomontanos se transformaba en numerosos objetos atractivos y de gran utilidad, como: mesas, sillas, monturas, jorongos, cazuelas, jarros, tapetes, mecates, sudaderas, manteles, zapatos, huaraches y una variedad más de artículos para el trabajo y el hogar.

Con signos futuros se apuntaba la característica sobresaliente del regiomontano, que lo llevaría a la industrialización.

Dejamos con estos apuntes, a grandes trazos, la imagen de una época de lucha permanente. Entre el gris de la vida atosigada por la inclemencia de la naturaleza, y por las adversas condiciones prevalecientes, siempre estuvo ardiendo la flama del carácter recio de los habitantes de estas tierras.

SEGUNDA ETAPA

La evolución socio-económica de Monterrey, como hemos visto, fue lenta, sumamente lenta durante la Colonia, que comprende más de dos siglos. Se destaca eso sí, la condición insuperable de la calidad humana de sus habitantes, elemento que jugaría un papel preponderante en el futuro.

Califico de segunda etapa en el desenvolvimiento integral de Monterrey, a contar de la Independencia al triunfo de la República contra el llamado Imperio de Maximiliano —1821-1867—.

Como ejecutor en el campo de batalla del sentimiento de rebeldía de los nuevoleonenses, figuraba en primer lugar el infatigable guerrillero José Herrera. En varias ocasiones atacó Monterrey, manteniendo en constante alarma a las tropas realistas.

Como jefe de las operaciones en la región operaba el brigadier don Joaquín Arredondo. Se trataba de un individuo tan presuntuoso, venal y atrabiliario, como desprovisto de todo signo de valer personal. Convertido en azote del pueblo, en burlador de la ley y en supremo juez, concitó contra él mismo el odio de todo mundo, aun de las autoridades eclesiásticas.

Es regla general que los déspotas, en los momentos de prueba, dan muestras de cobardía y de indignidad. El caso de Arredondo no constituye la excepción. En el momento mismo en que llegaron a Monterrey noticias, procedentes de México, de que se había proclamado la independencia del país, doblegó la cerviz disponiéndose a secundar el movimiento, a cuyo efecto rodeado de su séquito juró en Monterrey la independencia, entre el júbilo del pueblo que la proclamaba ruidosamente el 3 de julio de 1821.

Llegamos a una etapa especial de extraordinaria espectacularidad. Pasaba el país de la subordinación a España a la independencia de toda liga política. ¿Sería capaz de asentarse con la firmeza necesaria para mantenerse en esa condición? El tiempo sería el que determinara la situación definitiva.

En cuanto a Monterrey, que con entusiasmo había asistido al cambio ¿cuál era entonces su situación económica-social?

No es difícil valorar sus alcances, bien entendido que cuando hablamos de Monterrey implícitamente estamos haciendo referencia a Nuevo León. Sería artificial hacer la desasociación de lo que constituía un todo armonioso.

Agricultura, ganadería, minería, comercio, artesanía, todo se movía obediendo a un mismo patrón. Monterrey, con ser la capital del estado no se diferenciaba de las demás poblaciones en su forma de vida, si acaso por un ritmo más acelerado por su mayor población.

Como ha quedado asentado, Monterrey había permanecido durante los primeros dos siglos de su existencia, en una situación de aguda crisis. Las continuas guerras con los indios de la región, indómitos por atavismo, y las dificultades para las comunicaciones con el resto del país, no permitían el aprovechamiento debido de los recursos naturales ni la gran reserva de energía y de capacidad de trabajo de los regiomontanos, herederos de la vitalidad creadora de los fundadores de la ciudad.

Hacía falta ambiente propicio para el desarrollo de una comunidad que anhelaba marcar con signos positivos el pensamiento visionario de los fun-

dadores de la ciudad. Parecía que con la independencia había llegado el momento esperado.

Era justificado este sentimiento. Los siete mil habitantes de Monterrey, que saludaban el advenimiento de una nueva vida, sabían que había el compromiso de mantener con tesón el preciado don que se había conquistado.

No puede hablarse todavía de condiciones sobresalientes de industria y comercio de esa época. Sin embargo cabe señalar que la artesanía había progresado en forma notable.

Se tenía por costumbre el intercambio o trueque de productos entre las diversas regiones del país. Por lo que hace a Nuevo León era autosuficiente en lo tocante a los artículos de primera necesidad: maíz, frijol, trigo, papa, frutas y verduras.

En cambio le hacían falta café, tabaco, arroz y ciertos productos de telas, adornos y útiles caseros. Para obtenerlos y conseguir recursos monetarios los regiomontanos efectuaban trueques y vendían diversas artesanías de buen gusto y magnífico acabado.

La materia prima se tenía a la mano en abundancia: lana, algodón, madera, mármol, cueros, ixtle, barro... que mediante el ingenio y la tenacidad de los regiomontanos se transformaba en numerosos objetos atractivos y de gran utilidad, como: mesas, sillas, monturas, jorongos, cazuelas, jarros, tapetes, mecates, sudaderas, manteles, zapatos, huaraches y una variedad más de artículos para el trabajo y el hogar.

Con signos futuros se apuntaba la característica sobresaliente del regiomontano, que lo llevaría a la industrialización.

Dejamos con estos apuntes, a grandes trazos, la imagen de una época de lucha permanente. Entre el gris de la vida atosigada por la inclemencia de la naturaleza, y por las adversas condiciones prevalecientes, siempre estuvo ardiendo la flama del carácter recio de los habitantes de estas tierras.

SEGUNDA ETAPA

La evolución socio-económica de Monterrey, como hemos visto, fue lenta, sumamente lenta durante la Colonia, que comprende más de dos siglos. Se destaca eso sí, la condición insuperable de la calidad humana de sus habitantes, elemento que jugaría un papel preponderante en el futuro.

Califico de segunda etapa en el desenvolvimiento integral de Monterrey, a contar de la Independencia al triunfo de la República contra el llamado Imperio de Maximiliano —1821-1867—.

Las características especiales de esa época integran un todo en el que prevalece la inestabilidad política, y por consiguiente la falta de seguridad para el desarrollo de los negocios.

Al iniciarse la nueva época vuelve a la lucha activa el padre Mier. De los sucesos más importantes, después de la proclamación de la Independencia por don Agustín de Iturbide, ocupa un lugar especial la libertad del padre Mier, cuya estancia en las mazmorras húmedas del Castillo de San Juan de Ulúa había minado su salud.

A pesar de todo, su espíritu combativo continuó al servicio de la causa con la misma entereza. Primero oponiéndose a las inclinaciones de Iturbide y de sus seguidores encaminadas a preservar incólumes las prebendas y privilegios de los militares, nobles y clero. Después, en su carácter de diputado al Congreso Constituyente 1824, como representante de Nuevo León, peleando con denuedo por que se le diera legalmente la categoría de Estado Libre dentro de la Federación.

Gracias a este dinamismo, energía y capacidad del padre Mier, se logró que, mediante las operaciones legislativas del caso quedara, a partir de entonces constituido el Estado Libre de Nuevo León.

El distinguido profesor don Pedro R. Nava, de grata memoria, por encargo del gobernador del Estado, Lic. Raúl Rangel Frías, fue comisionado para recopilar la Legislación Nuevoleonesa desde la fundación del Estado en 1824.

Como resultado del acucioso trabajo ejecutado por el profesor Nava, se editó, con fecha de septiembre de 1958, un libro que contiene las Leyes expedidas por el Congreso del Estado hasta el año de 1958.

En mérito a tan importante labor, transcribo a continuación los párrafos preliminares de la explicación del profesor Nava al particular. Con singular claridad y exacta verdad histórica queda encuadrado el antecedente preciso correspondiente a la constitución de Nuevo León, como Estado Libre e Independiente. Veamos:

“Era el año de 1824. Lo que ahora es el Estado de Nuevo León, formaba parte de las cuatro Provincias Internas de Oriente: Texas, Coahuila, Nuevo León y Tamaulipas. En el Congreso General Constituyente, representaba a la Provincia del Nuevo Reyno de León, el preclaro Fray Servando Teresa de Mier y Noriega y Guerra, quien después de contundentes argumentos en la tribuna cameral triunfó en la defensa, para que, la Provincia de Nuevo León, fuera un Estado Libre e Independiente.”

“Obtenida la victoria, el Congreso Nacional, dictó el 7 de mayo

de 1824, el Decreto No. 45, que instituye el Estado Libre y Soberano de Nuevo León, formando parte de la Confederación de los Estados del Territorio Nacional.”

“El 10. de junio de 1824, la Diputación Provincial lanzó la Convocatoria para las elecciones de los ciudadanos que integrarían el Primer Congreso Constituyente y Constitucional. Las elecciones se verificaron el día 20 y 27 del mismo mes, y los ciudadanos que resultaron electos, fueron instalados el día 10. de agosto del histórico año de 1824.”

A partir de entonces y gracias a la actividad y méritos del padre Mier, podemos vanagloriarnos de este hecho. Precisamente en este año de 1824, con ceremonias emotivas, se festeja el 150 aniversario de la creación de nuestro Estado.

Como justa remembranza de acontecimiento de tan alta categoría, procede anotar los nombres de los diputados que dieron forma a la primera Constitución del Estado, sancionada el 5 de marzo de 1825. A saber:

Dr. José Francisco Arroyo
Dr. José Ma. Gutiérrez de Lara
Lic. Pedro Agustín Ballesteros
José Andrés Sobrevilla
Lic. Juan Bautista de Arizpe
Juan José Garza Treviño
Antonio Crespo
José Manuel Pérez
Pedro José de la Garza Valdés
Lic. Rafael de Llano
José Ma. Parás.

Debe ser recordado también el noble pensar y sentir de este primer grupo de Constituyentes quienes, entre las obligaciones impuestas a los nuevo-leoneses, se establecía la de: “Amar a la patria, ser veraz, justo, benéfico y virtuoso”. Toda una cátedra significativa de dignidad y convivencia humanista.

Habían pasado los años borrascosos que siguieron a la Independencia, cuando los asuntos políticos de la Nación por organizarse habían pasado de la Regencia al Imperio y de éste a la República. En todas estas vicisitudes desempeñó el padre Mier un papel de trascendencia. Apasionado en favor de su terruño no admitía alusión alguna que en su concepto empañara su limpia estirpe, y no perdía oportunidad para enaltecerlo.

Dejamos a esta altura la mención justificada del padre Mier, porque si la índole de los apuntes aquí contenidos lo ameritaban nos saldríamos del objetivo primordial, de seguir la ruta del inquieto cuanto ilustre y patriota coterráneo.

En tanto en la ciudad de México ardían los hornos de las pasiones políticas en Monterrey, una vez integrado el primer Congreso, se pudo ya pensar con cierta conciencia, en la necesidad de ordenar la propia vida de la comunidad, sujeta hasta entonces a los caprichos e intereses personales del Virrey en turno.

Pronto los resultados confirmaron la ventaja de una vida más independiente y más de acuerdo con las aspiraciones de progreso y de bienestar. Contribuyó en gran parte al desarrollo de Monterrey su situación geográfica, que le permitía la comunicación con los estados vecinos. Fue elemento atractivo también para la inmigración el ambiente de trabajo que aquí se respiraba. En breve período Monterrey había duplicado su población.

Para mediados del siglo XIX la artesanía se había fortalecido, y si se quiere avanzaba hacia la integración a juzgar por los talleres que demandaban obra de mano más allá de la familiar.

Duante la Colonia no existía por esta latitud más medio marítimo de comunicación que el Puerto de Veracruz. Controlado el movimiento de mercancías por el gobierno, su rigor llegaba a extremos increíbles. Toda mercadería procedente del extranjero sufría un recargo enorme del Virreynato, y como si esto fuese poco, en tratándose de provincias tan lejanas como la nuestra, había que contar además con las alcabalas impuestas por los caciques de cada región.

En suma, que el esfuerzo por adquirir tales productos pasaba más allá de lo razonable, y la prudencia se desbordaba sin resultados positivos.

Existe un proverbio que dice: "No hay mal que por bien no venga". En el caso es aplicable en todo su contenido. Si existían tantas dificultades para obtener objetos de utilidad hogareña, lo indicado era producirlos aquí. Con signo tan convincente se emprendió la tarea, y a lo ya existente en materia artesanal se fueron agregando otros productos que con el tiempo se perfeccionaron: cerillos, velas, jabón, palas, martillos así como los instrumentos de trabajo más esenciales.

Fijemos un dato esencial. Al fundarse Monterrey se le dotó de un territorio que comprendía 15 leguas de extensión por cada uno de los rumbos cardinales. A medida que los ranchos o haciendas adquirían la importancia debida se les otorgaba el título de villas, y cuando su desarrollo lo demandaba se transformaban en municipios.

En esta forma fue perdiendo Monterrey espacio y por otra parte ganando en número de habitantes en franca contradicción.

Pasa el primer siglo de vida de la ciudad sin ningún signo que la distinga de la existencia rutinaria, salvo el coraje, siempre alerta de los vecinos, para subsistir a toda costa.

Ganando en población y medios de vida transcurre el siguiente siglo. A fines de 1796 contaba Monterrey con 3,669 habitantes, españoles y criollos en su mayoría. Los bienes consistían en: 5,000 cabezas de ganado mayor, 1,100 yeguas; 400 asnos; 1,000,000 de ganado cabrío; y 65,000 de ganado lanar.

Las casas construidas en su mayoría con sillares, ocupaban un área que comprendía: a oriente Diego de Montemayor, a poniente, Guerrero, a norte, Matamoros, a sur, Río Santa Catarina.

Los caminos carreteras se extendían a: Tampico, Matamoros, Linares, Saltillo, Zacatecas y poblaciones cercanas. Se disponía de 15 diligencias y de 218 carretas.

Puede resultar redundante este retroceso cronológico; pero tal vez sirva de enlace a la época que estamos analizando a partir de la Independencia. Podemos así advertir que el cambio significó un positivo beneficio, a pesar de las convulsiones revolucionarias sufridas por el país, de las que nuestro Estado participó ya con la significación de un conglomerado fuerte.

La afirmación de independencia de Nuevo León, cada vez más acentuada, tal vez pueda explicarse como trasunto de la situación prevaleciente durante siglos de abandono de estas provincias del noreste.

En menos grado existía la situación política de Coahuila y de Tamaulipas. Aquí en Nuevo León se constituyó en baluarte de los intereses locales don Santiago Vidaurri, que llegó al extremo de anexarse a Coahuila mediante procedimientos amañados, que en el fondo contenían el propósito de constituir una fuerza capaz de contener la egemonía del Gobierno del Centro, que a pesar de su constitución federalista, actuaba en plan centralista.

Hasta el momento en que las fuerzas republicanas obtuvieron el triunfo definitivo sobre el llamado Imperio de Maximiliano, puede decirse que en Nuevo León no hubo un momento de tranquilidad.

Primero, la guerra a muerte entre liberales y conservadores por establecer el Gobierno Federal o Central, que, según las veleidades de la fortuna se constituía en una o en otra forma. Ello significaba un batallar sin tregua.

Nuevo León participaba activamente inclinado hacia el federalismo, sin que fuese obstáculo para colaborar con gobernantes centralistas, cuya capacidad y honradez se imponían sobre el interés de las facciones.

Como si fuesen pocas las calamidades que se abatían sobre el país, es de mencionar la epidemia del cólera por los años treinta, y la guerra en los Estados Unidos durante los años de 1846 y 1847, que significó la pérdida de más de la mitad del territorio nacional. Después flageló al país la intervención francesa. En ambos casos Nuevo León estuvo a la altura que demandaba el patriotismo.

Para entonces, es decir para mediados del siglo pasado, la lucha armada entre los indios bárbaros y los habitantes del Estado había terminado con su expulsión del territorio nuevoleonés. Algunas partidas se fueron a Tamaulipas, otras a Coahuila y algunas más a Texas. Por supuesto que de cuando en cuando daban albazos con el fin de robar ganado.

Si nos situamos superando el año de 1867 podemos advertir el despertar de un prolongado letargo, que apenas si pudo mantener en pie la artesanía que de tiempo atrás había dado prestigio a la región.

Había roto la apatía dominante la inauguración, en enero de 1856, de la fábrica de hilados y tejidos "La Fama", establecida en Santa Catarina. Era gobernador del estado don Santiago Vidaurri, quien aprovechó la ocasión para darle el mayor lucimiento a la ceremonia.

Presente en el acto inaugural el obispo Rafael José Verger, que gozaba de gran prestigio, las autoridades municipales, los socios de la empresa y numeroso público, Vidaurri dispuso que tres piezas de artillería hicieran varios disparos y la banda militar tocara algunas piezas. Vítores para Vidaurri, entusiasmo auguro de mejores tiempos, y el nombre del caudillo volando en alas de la fama.

No podemos dar categoría de cambio substancial al sistema imperante de la artesanía a la fundación poco después de las fábricas de hilados y tejidos de "La Leona", y de "El Porvenir", porque su influencia no pasó más allá de su radio de acción.

Queda pues esta etapa, que podemos fijar hasta la consolidación del gobierno porfirista, como artesanal, preparatoria de un avance hacia la industrialización.

TERCERA ETAPA

Establecidos de nueva cuenta los Poderes Ejecutivos en el Palacio Nacional, por el presidente de la república don Benito Juárez, en ese año de 1867, Nuevo León entró al orden constitucional nombrando en las elecciones

al general Jerónimo Treviño, quien tomó posesión del puesto el 10. de diciembre.

Nada puede decirse en cuanto se refiere a la situación económica, si no es que se presentaba con caracteres desastrosos. Nada pudo hacer el general Treviño por mejorar la situación, la que se agravaba por la inquietud reinante provocada como reacción desesperada de los vencidos.

Asaltos a pequeñas poblaciones, rumores alarmistas difíciles de combatir, a lo que se agregaba el estado de miseria del pueblo, acosado por tan largos períodos de guerra.

Reelecto dos veces se separa el gobierno por exigencias militares supliéndolo el licenciado Trinidad de la Garza y Melo, primero, y después el licenciado y general Lázaro Garza Ayala, así como el doctor José Eleuterio González Gonzalitos.

Como corolario de situación tan angustiosa, de nueva cuenta Treviño en el poder, secunda el movimiento revolucionario iniciado en Oaxaca por el general Porfirio Díaz, en contra de la reelección de don Benito Juárez.

¡Qué de bueno podía esperarse para Nuevo León ante tal situación! Hambre y desesperación. Y Vencidos los rebeldes se hace cargo del gobierno del Estado el general Lázaro Garza Ayala.

La contienda armada llega a su fin con motivo del fallecimiento de don Benito Juárez el 18 de julio de 1872. Pero se trata simplemente de un paréntesis. Viene a continuación la contienda armada entre el general Díaz y el licenciado Sebastián Lerdo de Tejada.

En virtud de que Nuevo León se distinguió en la Guerra de Reforma, y posteriormente en la del llamado Imperio de Maximiliano, se habían formado generales de personalidad nacional y a ellos acudían quienes necesitaban en el terreno de las armas ayuda. Estaban para el caso: Mariano Escobedo, Jerónimo Treviño, Francisco Naranjo, Pedro Martínez, Lázaro Garza Ayala, Ignacio Martínez... en fin un grupo selecto de caudillos, que más cerca estaban de los caballos que de las oficinas o sillones de reposo.

Queda con ello dicho que a un grito estaban con la carabina en mano, listos para todo servicio. Nada podía esperarse en cuestión de producción alimenticia, ni de artículos artesanales. Decadencia en todo y a esperar tiempos mejores.

Largos años de actividades bélicas habían formado un sistema de vida social y política basada en el militarismo. Las virtudes ciudadanas se medían a través de las batallas ganadas y de las campañas castrenses. Había más que suficientes hombres de letras, de clara inteligencia y gran ilustración; pero como todo quedaba subordinado a la actividad militar, las más

Como si fuesen pocas las calamidades que se abatían sobre el país, es de mencionar la epidemia del cólera por los años treintas, y la guerra en los Estados Unidos durante los años de 1846 y 1847, que significó la pérdida de más de la mitad del territorio nacional. Después flageló al país la intervención francesa. En ambos casos Nuevo León estuvo a la altura que demandaba el patriotismo.

Para entonces, es decir para mediados del siglo pasado, la lucha armada entre los indios bárbaros y los habitantes del Estado había terminado con su expulsión del territorio nuevoleonés. Algunas partidas se fueron a Tamaulipas, otras a Coahuila y algunas más a Texas. Por supuesto que de cuando en cuando daban albazos con el fin de robar ganado.

Si nos situamos superando el año de 1867 podemos advertir el despertar de un prolongado letargo, que apenas si pudo mantener en pie la artesanía que de tiempo atrás había dado prestigio a la región.

Había roto la apatía dominante la inauguración, en enero de 1856, de la fábrica de hilados y tejidos "La Fama", establecida en Santa Catarina. Era gobernador del estado don Santiago Vidaurri, quien aprovechó la ocasión para darle el mayor lucimiento a la ceremonia.

Presente en el acto inaugural el obispo Rafael José Verger, que gozaba de gran prestigio, las autoridades municipales, los socios de la empresa y numeroso público, Vidaurri dispuso que tres piezas de artillería hicieran varios disparos y la banda militar tocara algunas piezas. Vítores para Vidaurri, entusiasmo auguro de mejores tiempos, y el nombre del caudillo volando en alas de la fama.

No podemos dar categoría de cambio substancial al sistema imperante de la artesanía a la fundación poco después de las fábricas de hilados y tejidos de "La Leona", y de "El Porvenir", porque su influencia no pasó más allá de su radio de acción.

Queda pues esta etapa, que podemos fijar hasta la consolidación del gobierno porfirista, como artesanal, preparatoria de un avance hacia la industrialización.

TERCERA ETAPA

Establecidos de nueva cuenta los Poderes Ejecutivos en el Palacio Nacional, por el presidente de la república don Benito Juárez, en ese año de 1867, Nuevo León entró al orden constitucional nombrando en las elecciones

al general Jerónimo Treviño, quien tomó posesión del puesto el 10. de diciembre.

Nada puede decirse en cuanto se refiere a la situación económica, si no es que se presentaba con caracteres desastrosos. Nada pudo hacer el general Treviño por mejorar la situación, la que se agravaba por la inquietud reinante provocada como reacción desesperada de los vencidos.

Asaltos a pequeñas poblaciones, rumores alarmistas difíciles de combatir, a lo que se agregaba el estado de miseria del pueblo, acosado por tan largos períodos de guerra.

Reelecto dos veces se separa el gobierno por exigencias militares supliéndolo el licenciado Trinidad de la Garza y Melo, primero, y después el licenciado y general Lázaro Garza Ayala, así como el doctor José Eleuterio González Gonzalitos.

Como corolario de situación tan angustiosa, de nueva cuenta Treviño en el poder, secunda el movimiento revolucionario iniciado en Oaxaca por el general Porfirio Díaz, en contra de la reelección de don Benito Juárez.

¡Qué de bueno podía esperarse para Nuevo León ante tal situación! Hambre y desesperación. Y Vencidos los rebeldes se hace cargo del gobierno del Estado el general Lázaro Garza Ayala.

La contienda armada llega a su fin con motivo del fallecimiento de don Benito Juárez el 18 de julio de 1872. Pero se trata simplemente de un paréntesis. Viene a continuación la contienda armada entre el general Díaz y el licenciado Sebastián Lerdo de Tejada.

En virtud de que Nuevo León se distinguió en la Guerra de Reforma, y posteriormente en la del llamado Imperio de Maximiliano, se habían formado generales de personalidad nacional y a ellos acudían quienes necesitaban en el terreno de las armas ayuda. Estaban para el caso: Mariano Escobedo, Jerónimo Treviño, Francisco Naranjo, Pedro Martínez, Lázaro Garza Ayala, Ignacio Martínez... en fin un grupo selecto de caudillos, que más cerca estaban de los caballos que de las oficinas o sillones de reposo.

Queda con ello dicho que a un grito estaban con la carabina en mano, listos para todo servicio. Nada podía esperarse en cuestión de producción alimenticia, ni de artículos artesanales. Decadencia en todo y a esperar tiempos mejores.

Largos años de actividades bélicas habían formado un sistema de vida social y política basada en el militarismo. Las virtudes ciudadanas se medían a través de las batallas ganadas y de las campañas castrenses. Había más que suficientes hombres de letras, de clara inteligencia y gran ilustración; pero como todo quedaba subordinado a la actividad militar, las más

destacadas personalidades civiles quedaban subordinadas al poder de los militares. Lo mismo sucedía en el sector conservador que en el liberal.

En esta forma se explica la decadencia en el mundo de la producción agrícola, minera y ganadera que en la artesanía. Se llegaba al restablecimiento de la República en 1867, con la esperanza de una paz acogedora; pero las cosas se presentaron en distinta forma. Vencido el Partido Conservador, dejaba un sedimento de inconformidad, que no significaba fuerza coherente capaz de trastornar el orden establecido. Las dificultades eran de otro orden.

El militarismo, como queda dicho, daba muestras de inquietud. Surgían los caudillos entre las filas de los liberales vencedores. Unidos en las grandes conmociones de la Reforma y de la Intervención Francesa, soltaban las amarras de la unidad para saciar apetitos personales de poder.

Dos grandes figuras se perfilaban en el panorama nacional: Los generales Porfirio Díaz y Mariano Escobedo. El primero, ambicioso de poder, no se limitó a esperar a que la opinión pública lo llevara a ocupar el primer puesto, sino que se lanzó de lleno al campo de las armas. El segundo, consciente de su fuerza popular, consideró que debía esperar a que el voto ciudadano no lo designara.

La fortuna es de los audaces, dice un adagio latino, que tuvo cabal aplicación en el caso del general Díaz, a quien vemos llegar a la Presidencia de la República, dejarla durante un período para ocuparla ya en plan permanente. Su experiencia en defensa de la patria y en las revoluciones, le permitió avalorar el significado de la paz y de la guerra.

Dispuesto a conseguir la paz a toda costa dedica su inteligencia y su fuerza política a tal fin. Suaviza el trato de los eternos enemigos hasta el grado de utilizar los servicios de algunos de ellos; dicta leyes en protección de la industria, el comercio y la banca; acaba con las gavillas de forajidos; garantiza la tranquilidad en el campo en provecho de la minería, la agricultura y la ganadería.

Para hacer posible esta línea de conducta cambia los sistemas democráticos por un centralismo paternal, más agudo que el preconizado por el padre Mier, que estando por la Federación, recomendaba en principio otorgar las facultades necesarias al presidente para que estuviera en condiciones de actuar en el desempeño de sus funciones con libertad.

En esa proyección el general Díaz logró la paz, al grado de ganar el título de Apóstol de la Paz.

A medida que la paz se afianzaba resurgía la artesanía y se desarrollaban las labores del campo. Procede consignar una característica de la gente de

Monterrey, que subsiste con igual o mayor ímpetu. Me refiero al espíritu de acometividad de los regiomontanos.

Apenas abiertas las comunicaciones terrestres y ferroviarias, la acción de los hombres de empresa se hacía sentir en dondequiera que surgiera un centro de operaciones, lo mismo en Tampico, Matamoros que en Saltillo, Torreón, Durango y San Luis Potosí. Esta constante comunicación permitió que Monterrey se convirtiera en centro de distribución de bienes y servicios.

Empeñados los empresarios en dar cumplimiento a esta misión pusieron su interés y entusiasmo en aumentar y mejorar los centros de trabajo, fortaleciendo al mismo tiempo las relaciones comerciales con el resto del país.

Los gobernadores de esa época —1872 a 1855— general Lázaro Garza Ayala, doctor José Eleuterio González, licenciado Ramón Treviño, licenciado Viviano Villarreal y licenciado Genaro Garza García, comprometidos en el reto, expidieron decretos favoreciendo las inversiones, que constituían verdaderos alardes de desinterés; pues a pesar de la penuria de los recursos públicos, ofrecían hasta 20 años de exención de impuestos según la inversión de que se tratara.

Floreció la artesanía y se inició de manera firme la instalación de fábricas, que si no eran de grandes proporciones servían de estímulo y de enseñanza.

Los productos llenaban las necesidades locales y se distribuían en el nordeste y centro del país. Cargamentos importantes salían de Nuevo León dándole crédito: muebles bien acabados, camas, cerillos, velas, zapatos, velices, artículos diversos de cuero, pastas alimenticias, dulces, géneros de algodón, sombreros de fieltro, y ya de más altura, se exportaban carretas, carretones y diligencias.

Paralelo a este auge, en sentido inverso, vivían los caudillos nuevoleonenses, que tan brillantes acciones guerreras habían ganado y que, durante largo tiempo constituían para el gobierno federal una seria preocupación.

Acabar con ese reducto constituía para el general Díaz una necesidad. La oportunidad para ello se presentó con motivo de la desaparición de los poderes en el Estado con motivo de la alteración del orden. Se habían efectuado las elecciones para gobernador conteniendo los licenciados, Genaro Garza García y Lázaro Garza Ayala.

La pasión en estos casos se desborda. El triunfo electoral había sido de Garza García; los contrarios no lo reconocieron, trataron de hacer valer sus derechos con las armas, el orden quedó roto y el general Díaz, con el pretexto de restablecer la paz, envió al general Bernardo Reyes, con el carácter de jefe de las armas.

La elección había sido acertada. El general Reyes, de prestigio militar, inteligente, de prendas personales de altura, principió por restablecer el orden dando plenas garantías a ambas partes.

No habiendo posibilidades de arreglo entre los grupos contendientes y en atención a que el Congreso del Estado no se reunía fue declarado el estado de sitio. El siguiente paso lo dio la Cámara de Senadores al designar gobernador provisional al general Reyes.

De un golpe cambiaba el panorama en el Estado. Los antes poderosos e influyentes caudillos quedaron relegados a segundo término. No los perseguió el general Reyes; pero tampoco les dio beligerancia para que siguieran actuando en la política en las condiciones en que lo venían haciendo.

Pronto el general Reyes dio a conocer sus habilidades administrativas y su don de gentes. Con la misma rapidez se atrajo la simpatía del pueblo y la colaboración de los hombres de empresa.

Con el carácter de provisional gobernó el Estado de diciembre de 1885 al 3 de octubre de 1887. Durante este lapso logró pacificar el Estado y demostrar un dinamismo, espíritu de servicio y honestidad inusitados.

Para acelerar el programa de obras públicas organizó una Junta de Mejoras, a cuyo frente quedó nada menos que Gonzalitos. A pesar de lo reducido del presupuesto se llevaron a feliz término varias obras de gran utilidad; entre otras el puente Juárez, para salvar las voluminosas corrientes del ojo de agua del centro, entre las calles de Allende y Juan Ignacio Ramón. La construcción quedó a cargo del ingeniero Miguel Mayora, poniendo en juego la técnica más avanzada.

También fue arreglada la Plaza Zaragoza dotándola de cien bancas de fierro, y de ocho farolas, cada una de cinco luces. A esto hay que agregar las mejoras al Parián, llamado después Mercado Colón; la reconstrucción del Colegio Civil; y la construcción del segundo piso del lado poniente del Palacio Municipal.

Sin hablar de diversas obras de poco costo realizadas, procede señalar la iniciación, a fines de 1887 de la Penitenciaría del Estado, que habría de titularse de grandiosa.

Para cuando entregó el general Reyes, el 4 de octubre de 1887, el gobierno al general Lázaro Garza Ayala, contaba Nuevo León con líneas telegráficas que unían los municipios con Monterrey.

Deja también en plena actividad fábricas de hielo, de azúcar, de almidón, trigo, aguardiente y de los primeros ensayos de la producción de cerveza. La más conocida fue la de don José Calderón establecida por las calles hoy de Zaragoza y de Juan Ignacio Ramón. Vale la mención porque seguramente la experiencia adquirida sirvió para la formación en 1891 de la Cer-

vecería Cuauhtémoc en la que jugarían importante papel don José Calderón, y el químico cervecero don José Schnaider.

La capacidad, diligencia y deseos de significarse del general Reyes dieron como fruto la integración de más de trescientos talleres, que podían significarse como el primer paso o jalón para superar la categoría de la producción artesanal. Ya comenzaba a cosquillear la palabra industria.

Y puesto que en los umbrales de este amanecer que vino a dar el perfil definitivo a Monterrey, como signo de admiración procede mencionar los nombres de quienes formaron en las avanzadas de las legiones que habían de darle renombre mundial a Monterrey, como ciudad industrializada:

Valentín Rivero, Luis G. Coindreau, Pedro P. Quintanilla, Rafael Melo, Carlos Hesselbart, Emilio Zambrano, Pedro Maiz, Francisco Garza Quintanilla, Manuel Bartolomé, Tomás Ortiz, Andrés Hernández, José Calderón, H. B. Butcher.

Se complementa el cuadro de la ciudad, en ese año de 1867, con el funcionamiento imperfecto de los teléfonos, la instalación de la luz eléctrica en forma rudimentaria, el empedrado de las calles del centro, los tranvías de mulitas, y los espectáculos teatrales y de circos.

Situación heredada, como queda dicho, al general Garza Ayala. Para él, que ya había ocupado ese puesto, significaba una nueva oportunidad de servir con lealtad, como correspondía a sus principios, al pueblo que lo había elegido.

Hay que subrayar el hecho de agobio que sufría el Estado en materia económica. Los campos abandonados, la producción en todos los niveles precaria, y la inseguridad en cuanto al presente y el porvenir.

A pesar de todo para el general Garza Ayala significaba un reto a su voluntad de servir. Hombre culto, abogado por capacidad y vocación, pugnó por implantar un sistema legal de garantías para todos sin distinción de ideologías. Puso al día los Códigos civiles y penales, designó funcionarios honestos, y abrió las puertas de su despacho a toda idea de progreso, y a toda queja.

Procuró encauzar en debida forma la educación, impulsó el Colegio Civil y alentó la iniciación de estudios normales y profesionales de medicina y leyes.

El clima de tranquilidad que logró establecer Garza Ayala constituyó el mejor aliciente para el impulso de la agricultura, la ganadería y la producción artesanal. Se realizaron varias obras materiales: extensión del servicio de tranvías, construcción del puente Lerdo, por el doctor Coss, y sobre todo ello la exposición que tuvo lugar en 1888, con la exhibición de las artesanías que estaban reclamando por su perfección el título de industriales.

Terminó su gestión el general Garza Ayala con la simpatía y el cariño del pueblo por su entrega limpia, dejando la impresión de que hizo lo más que podía hacer cualquier funcionario dinámico, honesto y patriota.

El cuatro de octubre de 1889 devolvía el bastón de mando al general Bernardo Reyes, que regresaba en carácter de Gobernador Constitucional electo popularmente. Permanecería en el puesto hasta 1909, año en que se iniciaba la inquietud política que desembocaría en la Revolución de 1910, encabezada por don Francisco I. Madero.

CUARTA ETAPA

En realidad esta relación es complementaria de la anterior. Merece destacarse por el contenido de todo orden respecto a Nuevo León y particularmente a Monterrey.

Entraba Nuevo León a una etapa trascendental. Había pasado un período de pesadilla. El general Díaz, reelecto y vuelto a recibir el poder, había logrado conquistar de manera firme la ansiada paz. Pesaba sobre el país un cansancio indescriptible, la paz constituía la máxima ambición. Quedaban los principios bases de las revoluciones en segundo término. La no reelección sonaba a cascabel roto. Paz, trabajo, bienestar valían más que cuanto principio había alimentado el espíritu anhelante de libertad.

No fue para el general Díaz cosa fácil llegar a esta situación. Tuvo como aliados el hastío del pueblo, su experiencia revolucionaria y el conocimiento personal de los caudillos, que como él, habían peleado por los mismos ideales.

Con tales elementos se dedicó a tratar los problemas de cada entidad de acuerdo con las circunstancias. En algunos casos acercando a su gobierno a quienes ansiaban figurar; en otros enviándolos como Embajadores a Europa, a Sur América. Y cuando había mayores complicaciones, como en el caso de Nuevo León, aprovechando la coyuntura más adecuada.

No existía un caso semejante contra la paz. Media docena de caudillos prestigiados, valientes y aguerridos —Escobedo, Treviño, Naranjo, Martínez, Garza Ayala— podían, en cualquier momento, alterar el orden. Con pleno conocimiento de causa era necesario principiar porque entre sí hubiese algún distanciamiento.

Creada esa situación, envió al general Reyes, persona de su confianza y capacitada para el desempeño de una comisión tan delicada.

Posiblemente el mismo general Reyes no pensó en la posibilidad de que su comisión llegara a significar la vinculación estrecha de su vida con la de los nuevoleonenses.

En tal forma penetró en el alma regiomontana, que para él lo más importante radicaba en que su entrega al servicio del Estado, desafiando los rigores de una hacienda pobre, tan pobre así que necesitó gestionar se le siguiera pasando el sueldo de general para poder subsistir.

Pero no le arredraba ni la escasez de elementos pecuniarios, ni el abrumador trabajo que desarrollaba. Su obsesión era la de convertir al Estado en industrial, convencido de que la agricultura y la ganadería y la minería no serían capaces de producir lo necesario para una administración decorosa, mucho menos para hacer frente a un incremento de la población de manera de subsistir en condiciones aceptables.

Contaba, así lo expresaba él, con la materia prima, el hombre de la región, leal, trabajador y audaz.

Nadie que significase algo en la acción constructiva le era indiferente. Procuraba tratar de cerca a todos, descubrir sus alcances y saber así cómo y qué ayuda debía proporcionarle. Para todos había estímulos además de los establecidos legalmente. Ello le daba la oportunidad de conocer a fondo la conducta de los individuos y, cuando las circunstancias lo reclamaban, intervenir para fomentar las buenas inclinaciones o para corregir las que lo merecían.

Por supuesto que en no pocas ocasiones, de mutuo propio o por petición de parte, intervenía como amigable mediador en diferencias o distanciamientos surgidos en cuestión de negocios.

Se trataba en fin de un hombre inteligente, capacitado en la universidad de la vida, amante del estudio y sobre todo honesto consigo mismo, que no podía engañarse ni engañar a los demás.

Se disponía de estos recursos humanos en un ambiente preñado de buenas intenciones. Se había encendido la luz del entendimiento, estaba todo dispuesto para avanzar y el director, lleno del entusiasmo y de la fe que da el propio valimiento, emprende la jornada que ha de prolongarse por largos años.

Las puertas permanecen abiertas para recibir sin excepción de nacionalidad, a quienes deseen invertir, con tal de que sean personas honestas.

Se establece la corriente fertilizante, como las aguas del río que empapa las tierras promisoras.

Llegan mexicanos, españoles, alemanes, norteamericanos, franceses, árabes, chinos... que prosperan en su mayoría, y andando el tiempo dejan aquí su fortuna, su enseñanza, sus cuerpos y sus familias, que a su vez se

Terminó su gestión el general Garza Ayala con la simpatía y el cariño del pueblo por su entrega limpia, dejando la impresión de que hizo lo más que podía hacer cualquier funcionario dinámico, honesto y patriota.

El cuatro de octubre de 1889 devolvía el bastón de mando al general Bernardo Reyes, que regresaba en carácter de Gobernador Constitucional electo popularmente. Permanecería en el puesto hasta 1909, año en que se iniciaba la inquietud política que desembocaría en la Revolución de 1910, encabezada por don Francisco I. Madero.

CUARTA ETAPA

En realidad esta relación es complementaria de la anterior. Merece destacarse por el contenido de todo orden respecto a Nuevo León y particularmente a Monterrey.

Entraba Nuevo León a una etapa trascendental. Había pasado un período de pesadilla. El general Díaz, reelecto y vuelto a recibir el poder, había logrado conquistar de manera firme la ansiada paz. Pesaba sobre el país un cansancio indescriptible, la paz constituía la máxima ambición. Quedaban los principios bases de las revoluciones en segundo término. La no reelección sonaba a cascabel roto. Paz, trabajo, bienestar valían más que cuanto principio había alimentado el espíritu anhelante de libertad.

No fue para el general Díaz cosa fácil llegar a esta situación. Tuvo como aliados el hastío del pueblo, su experiencia revolucionaria y el conocimiento personal de los caudillos, que como él, habían peleado por los mismos ideales.

Con tales elementos se dedicó a tratar los problemas de cada entidad de acuerdo con las circunstancias. En algunos casos acercando a su gobierno a quienes ansiaban figurar; en otros enviándolos como Embajadores a Europa, a Sur América. Y cuando había mayores complicaciones, como en el caso de Nuevo León, aprovechando la coyuntura más adecuada.

No existía un caso semejante contra la paz. Media docena de caudillos prestigiados, valientes y aguerridos —Escobedo, Treviño, Naranjo, Martínez, Garza Ayala— podían, en cualquier momento, alterar el orden. Con pleno conocimiento de causa era necesario principiar porque entre sí hubiese algún distanciamiento.

Creada esa situación, envió al general Reyes, persona de su confianza y capacitada para el desempeño de una comisión tan delicada.

Posiblemente el mismo general Reyes no pensó en la posibilidad de que su comisión llegara a significar la vinculación estrecha de su vida con la de los nuevoleonenses.

En tal forma penetró en el alma regiomontana, que para él lo más importante radicaba en que su entrega al servicio del Estado, desafiando los rigores de una hacienda pobre, tan pobre así que necesitó gestionar se le siguiera pasando el sueldo de general para poder subsistir.

Pero no le arredraba ni la escasez de elementos pecuniarios, ni el abrumador trabajo que desarrollaba. Su obsesión era la de convertir al Estado en industrial, convencido de que la agricultura y la ganadería y la minería no serían capaces de producir lo necesario para una administración decorosa, mucho menos para hacer frente a un incremento de la población de manera de subsistir en condiciones aceptables.

Contaba, así lo expresaba él, con la materia prima, el hombre de la región, leal, trabajador y audaz.

Nadie que significase algo en la acción constructiva le era indiferente. Procuraba tratar de cerca a todos, descubrir sus alcances y saber así cómo y qué ayuda debía proporcionarle. Para todos había estímulos además de los establecidos legalmente. Ello le daba la oportunidad de conocer a fondo la conducta de los individuos y, cuando las circunstancias lo reclamaban, intervenir para fomentar las buenas inclinaciones o para corregir las que lo merecían.

Por supuesto que en no pocas ocasiones, de mutuo propio o por petición de parte, intervenía como amigable mediador en diferencias o distanciamientos surgidos en cuestión de negocios.

Se trataba en fin de un hombre inteligente, capacitado en la universidad de la vida, amante del estudio y sobre todo honesto consigo mismo, que no podía engañarse ni engañar a los demás.

Se disponía de estos recursos humanos en un ambiente preñado de buenas intenciones. Se había encendido la luz del entendimiento, estaba todo dispuesto para avanzar y el director, lleno del entusiasmo y de la fe que da el propio valimiento, emprende la jornada que ha de prolongarse por largos años.

Las puertas permanecen abiertas para recibir sin excepción de nacionalidad, a quienes deseen invertir, con tal de que sean personas honestas.

Se establece la corriente fertilizante, como las aguas del río que empapa las tierras promisoras.

Llegan mexicanos, españoles, alemanes, norteamericanos, franceses, árabes, chinos... que prosperan en su mayoría, y andando el tiempo dejan aquí su fortuna, su enseñanza, sus cuerpos y sus familias, que a su vez se

multiplican aumentando en progresión geométrica el número de los mexicanos.

De aquellos apellidos que llegaron siendo extranjeros ahora son mexicanos: Hernández, Prieto, Rivero, Berardi, Belden, Armendaiz, Maiz, Mendi-richaga, Milmo, Schnaider, Schmid, Buchard, Bremer, Cram, Langstroth, Hass, Robertson, Strozzi, Ferriño, Ferrara, Brandi, Price. A principios de este siglo llegaron algunos árabes. Descendientes de ellos pasan revista de mexicanos distinguidos entre otros: comerciantes, industriales y profesionales. Se entrelazan los apellidos: Marcos, Ganem, Canavati, Nader.

Después se agregan los Saide, Giacomani.

Van surgiendo las industrias a partir de 1880, sienten que en forma modesta; pero en señal inequívoca del paso de la artesanía a la maquinaria.

Sucesivamente salen al mercado nacional, muebles de buena apariencia y magnífico acabado, salas, recámaras, comedores. Las fábricas de calzado se multiplican, así como las de talabartería, y curtiduría, convirtiéndose Monterrey en proveedor de numerosos artículos de cuero, entre los que se cuentan los velices y las sillas de montar.

Se distingue también la fábrica de ladrillo, que habría de proporcionar su producto para la pavimentación de las principales calles de la ciudad, con resultados notables.

Buen impacto hicieron las fábricas de aguas gaseosas y las de cigarrillos de hoja de maíz, además de las de dulces de tipo moderno, a las que se agregaban las panaderías higiénicas.

No menos importancia adquirieron las fábricas de artículos de hojalata y lámina, que variaban desde tinas hasta petacas y baúles. Y ya que hablamos de láminas ocurre pensar sobre la instalación, en la última década del siglo pasado, de más de cuatro fundiciones de fierro. ¿A que obedecía este fenómeno?

Diversas son las causas. Una de ellas radica en las disposiciones dictadas por el gobierno norteamericano en la materia, que dificultaba el comercio de lámina. Sin concederle a este hecho gran categoría vale considerar como más viable que se debiera a dos causas concomitantes: las facilidades dadas por las autoridades a los inversionistas, y lo para mí fundamental, la abundancia de agua con que se contaba en Monterrey, pues bien sabido es que las fundiciones por su propia naturaleza, necesitan de mucha agua.

Antes de finalizar el siglo pasado se inicia la gran industria. Es en 1891 la Cervecería la que pone la muestra. Principia con un capital moderado; pero muy pronto lo aumenta a dos millones de pesos, que equivalía a diez tantos del capital inicial.

Siguen varias fundiciones que llegan a la cumbre al finalizar el siglo

con la constitución de la Fundición de Fierro y Acero de Monterrey, con el enorme capital para esa época de 10 millones de pesos.

Pilares ambos que constituyeron el sostén principal de la verdadera industrialización de Monterrey. Fueron los imanes que trajeron a Monterrey inversionistas, técnicos y hombres dispuestos a trabajar.

Terminaba el siglo XIX dejando la estampa de un Monterrey, que si apenas había rebasado los 70 mil habitantes, mostraba una extraordinaria pujanza.

Con la industria había florecido el comercio afianzando su posición en la primera línea del noreste del país. Su situación geográfica le daba gran ventaja sobre las demás poblaciones importantes de la región.

Los ferrocarriles de Laredo a México, a Tampico, a Matamoros y a Torreón eran arterias vitales para el intercambio de mercancías para la introducción de materias primas y para la exportación de productos elaborados. La alborada descubría un porvenir promisorio.

Y si comercio e industria se complementan en cierto radio, no sería la unión completa sin la cooperación de las finanzas. No podemos hablar todavía del poder de las instituciones financieras, sino más adelante, cuando la importancia económica de las empresas lo reclamaba. Por ahora cabe anotar la existencia de tres Bancos: Milmo, Nuevo León y Mercantil de Monterrey, que con excepción del primero, siguen operando con ramificaciones que los colocan en carácter de nacionales.

Se suceden los primeros años del siglo actual. El nombre de Monterrey va cobrando prestigio como centro industrial. Participa en exposiciones nacionales, en Norteamérica y en Europa. Obtienen sus productos medallas de oro, pergaminos honrosos y estímulos preciados. Camina de prisa a la consagración.

Debe subrayarse en justicia que unido al nombre de Monterrey iba el del general Bernardo Reyes. Su vinculación a Nuevo León era en forma total. No existían reservas, la entrega en las faenas sociales y económicas, era igual en cuanto se refería a la educación, a las garantías individuales y a la integridad del Estado.

Puede citarse a este particular su empeño decidido y logrado en fijar de manera precisa los límites con Tamaulipas y Coahuila, causas de largas y enojosas controversias. En tratándose de Coahuila logró, mediante determinadas concesiones limítrofes que se le reconociera a Nuevo León el título de fronterizo merced al agregado de una franja de terreno colindante con el río Bravo, que se bautizó con el nombre de Congregación de Colombia.

Los documentos que obran en los informes del general Reyes de los años de 1891 a 1895, constituyen una clara manifestación de su apego a lo

nuestro. Son testimonios de lealtad y de amor al terruño por él escogido como propio.

El licenciado Santiago Roel escribió una magnífica obra titulada: *Nuevo León.—Apuntes históricos*. Apegado a la verdad, sin que fuese obstáculo que hubiese actuado en forma brillante en la política en contra del general Reyes, al hablar de él, expresó:

“El general Reyes fue durante toda su vida un hombre activo y progresista. Favoreció a su labor gubernativa el largo periodo de paz y tranquilidad que se inició al llegar el general Díaz a la Presidencia de la República. Todos los problemas de importancia fueron resolviéndose paulatinamente y la Nación entró en senda de progreso que jamás antes había conocido. El sistema autoritario que, por otra parte, el general Reyes impuso en su administración, acostumbrado como estaba al mando militar, le allanó también numerosos obstáculos. Así es que pudo dedicarse de lleno a las labores reconstructivas que el Estado, y principalmente su capital, merecían por la dedicación de todos sus hijos al trabajo. Fue secundado con entusiasmo en aquella obra por los elementos del garzayalismo y, en general, por todas las clases sociales, y aún por muchos destacados corifeos del genarismo, quienes aceptaron la situación ya creada y comenzaron a servir en aquella administración.”

Cumplida declaración de una persona que en su juventud y ya como abogado, en unión de otros compañeros hizo por medio de la prensa abierta oposición al general Reyes. Se destaca la grandeza del gobernante y la nobleza del adversario.

Los primeros años del siglo pasaban entre animoso ajetreo y vigoroso progreso. Al trabajo que ennoblece se agregaban las representaciones teatrales continuas: drama, comedia, opereta, ópera, circo... Una compañía se iba y otra llegaba. Los éxitos sucedían en el ambiente artístico y en el económico.

A tiempo que se daba impulso a la educación pública mediante disposiciones certeras del general Reyes, que alentaban las inscripciones al Colegio Civil en las Normales, y en las Escuelas de Leyes y de Medicina, en la Primaria dedicaba la atención más acuciosa, al grado de establecer sanciones a los padres de familia que no enviaran a los niños en edad escolar a las escuelas. En esa época nacieron los jardines de niños.

Como complemento de este resurgimiento del arte y de la educación, se formaron en los barrios de la ciudad estudiantinas, que fueron algo así como el desbordamiento de las tertulias familiares. Daban serenatas y tocaban en fiestas populares.

En cuanto a la industria siguió incrementándose sobre todo en lo tocante a talleres de herrería y cerrajería al contar con la materia prima abundante de las fundiciones. Aumentó mucho la producción de muebles. Figuraban en forma de grandes industrias las fábricas “La Mexicana”, “Salinas y Rocha”, “La Malinche” y “El Ancora” que ocupaban varios centenares de obreros.

Llegó el ambiente industrial al grado de hacer pensar al general Reyes en la necesidad de dictar disposiciones protectoras de los trabajadores. Su idea, aceptada por algunas prominentes personas, se discutía por otras en forma negativa, aduciendo como razón fundamental que se podía dar lugar a que algunos inversionistas se desanimaran.

Venciendo oposiciones se realizó el proyecto del general Reyes, promulgándose en 1906 la Ley sobre Accidentes del Trabajo, la primera disposición legal en la materia que se conoció en México. El humanismo del general Reyes triunfaba.

Con signos satisfactorios pasaban los años menos de los que fueran de desearse, pues en 1909 se hizo sentir, con cierta fuerza, el movimiento político. El año anterior, el presidente de la república, general Porfirio Díaz, declaraba al señor Creelman, periodista norteamericano, entre otros conceptos políticos, que el pueblo mexicano está capacitado para el ejercicio de la democracia.

Esas declaraciones hicieron el efecto de una sonora clarinada que repercutió en todo el país, surgiendo de inmediato las actividades políticas contenidas durante treinta años.

En julio de 1910 debían efectuarse las elecciones de Presidente de la República, de Senadores y Diputados al Congreso de la Unión.

Las corrientes de opinión iban desde el cambio del Vice-Presidente hasta el del mismo Presidente. Esas corrientes se personificaron, en el caso de la Presidencia, en la reelección del general Díaz, y en la designación del general Reyes.

Rápidamente la candidatura del general Reyes tomó tales proporciones que alarmó a los llamados “científicos” integrantes del círculo de amigos del general Díaz. Se trataba de los integrantes del gabinete y de los más altos funcionarios federales. Como contrarios a la personalidad política del general Reyes, al ver la entusiasta acogida que había despertado su candidatura maniobraron de inmediato para evitar se consolidara esa situación.

Cuando llegó el momento de las resoluciones, a pesar de la presión de los líderes reyistas y de gran parte del pueblo, al ofrecerse la candidatura al general Reyes la rechazó de plano. Pesó más en su conciencia la amistad y la lealtad al general Díaz, que el halago de sus partidarios.

Fue así como decidió abandonar el país. El 5 de noviembre de 1909 se embarcaba para Francia con la nominación de Embajador. Su obra en Nuevo León se eleva en tal forma, que no podrá ser olvidada.

Coincidiendo su ausencia con una serie de acontecimientos trascendentales, se cierra esta etapa en la vida política, económica y social de nuestra entidad.

QUINTA ETAPA

La fuerza de las circunstancias obliga a que el período comprendido de 1910 a 1930, signifique un paréntesis en el desenvolvimiento normal de la región.

Se trata de un cambio radical en las instituciones oficiales y privadas que transformó desde su base la organización política y social, y como consecuencia, las estructuras económicas sufrieron las consecuencias consiguientes.

Principiaron los acontecimientos con una vigorosa acción política. Como queda dicho al arranque del movimiento la figura que con mayor atractivo se dibujó en el panorama político fue la del general Bernardo Reyes. Eliminada por propia voluntad, quedó el tablado nacional libre. ¿Quién surgiría capaz de arrastrar al pueblo?

Durante el año de 1909 había circulado profusamente un libro titulado *La sucesión Presidencial* escrito por don Francisco I. Madero, residente en Parras, Coah. La obra contenía consideraciones oportunas que merecían la atención de todos los mexicanos, cualquiera que fuese su posición política e ideológica.

Con este motivo Madero se puso en comunicación con los ideólogos políticos a tiempo que les enviaba el libro. Algo se conocía ya de él; pues había sido Presidente Municipal de Parras, y escribía artículos en periódicos; pero su contacto principal con quienes se habían significado lo consiguió mediante su libro.

Es así como entabló correspondencia con los hermanos Flores Magón, Juan Sarabia, Antonio I. Villarreal, Camilo Arriaga, los hermanos Vázquez Gómez, Juan Sánchez Azcona, Aureliano Rivera, Félix F. Palavicini, Roque Estrada, y algunos más.

Como el campo había quedado libre con la ausencia del general Reyes, el problema consistía en encontrar un candidato capaz de enfrentarse al general Díaz.

Se barajaron nombres quedando en primer lugar don Francisco I. Madero. La tara de los más radicales consistía en considerarlo un burgués. Pero la mayoría se impuso y en una convención del partido Antireeleccionista se lanzó su candidatura.

La opinión pública en un principio acogió aquello con indiferencia, actitud que fue cambiando de manera favorable ante la actitud valerosa de Madero hasta llegar a la más genuina popularidad.

En cambio en el sector oficial en un principio se le calificó de loco, y cuando se dieron cuenta de que arrastraba a las multitudes, de la indiferencia se pasó a la persecución sin disfraces. Fue aprehendido en Monterrey y enviado a San Luis Potosí poco antes de las elecciones.

Grande fue la conmoción en el país. Las pasiones habían llegado a extremos alarmantes. Las elecciones se efectuaron en julio de 1910, siendo declarado triunfante el general Porfirio Díaz.

Burlada la voluntad popular el ambiente estaba preparado para la revolución. Madero logró evadirse de la prisión de San Luis Potosí, internarse en los Estados Unidos, y desde San Antonio expidió el Plan de San Luis Potosí llamando a los mexicanos a levantarse en armas contra el Gobierno, fijando el día 20 de noviembre de ese mismo año de 1910 para que estallara.

En esa fecha, en la ciudad de Puebla, se dispararon los primeros proyectiles de la insurrección. Aquiles Serdán, sus hermanos y un puñado de correligionarios combatieron contra el ejército federal. La casa de Serdán se convirtió en baluarte; el combate desigual terminó cuando los revolucionarios habían consumido el parque, haciendo numerosas bajas al enemigo, y muriendo varios de ellos, agregándose la vida de Aquiles cuando, cesado el fuego fue descubierto en un escondite, siendo villanamente asesinado.

Había sonado la hora de la acción. A partir de aquella heroica hazaña, el incendio se extendió a través de todo el territorio nacional.

Surgieron por todas partes los hombres armados dispuestos a jugarse la vida frente a las bien organizadas fuerzas militares. Todo parecía indicar que el poder de las armas del gobierno sería decisivo en la contienda. Sin embargo el poder de la justicia y de la razón contaban de manera notoria en favor de la causa revolucionaria.

Las acciones en los campos de batalla favorables o no en los resultados inmediatos a la insurrección demostraban cuánto significan los ideales. Día a día aumentaban los contingentes rebeldes y más y más se afianzaba en la opinión pública la justificación de su actitud.

Bastaron seis meses del fragor de los combates para que el gobierno se diera cuenta de la inutilidad de prorrogar la contienda armada.

Para Madero, que había pasado al territorio nacional para ponerse al frente de la Revolución, la lucha sería ardua y el triunfo seguro. Si en la campaña cívica-electoral había demostrado un valor a toda prueba, de no menos entereza daba pruebas al mantener la disciplina entre los revolucionarios, y en los momentos de los combates.

Cuando los funcionarios que rodeaban al presidente Díaz se percataron de que no sería posible detener la avalancha, coincidieron en convencer al general Díaz de la conveniencia de tranzar con los revolucionarios. Para ellos un arreglo, por radical que fuese, les permitiría salvar sus intereses particulares.

En esta dirección se encaminaron las gestiones. Primero tratando de arreglar mediante concesiones en el plano Ministerial; después proponiendo la renuncia del Vice-Presidente, don Ramón Corral; y por último aceptando la renuncia del Presidente y del Vice-Presidente.

Por su parte el general Díaz, que se había entregado con pasión a la causa de la paz, lográndola después de inauditos esfuerzos, no era cosa fácil atizar la hoguera para volver a los tiempos aquellos, en que siendo actor prominente, había contribuido a destrozar a la patria.

Con profundo dolor, reconociendo la necesidad de su alejamiento de la vida política de la Nación, expresa en su renuncia:

"No conozco hecho alguno imputable a mí que motivara ese fenómeno social; (la revolución) pero admitiendo sin conceder que puedo ser culpable inconsciente, esa posibilidad hace de mí la persona menos a propósito para raciocinar y decidir sobre mi propia culpabilidad. En tal concepto, respetando como siempre he respetado la voluntad del pueblo, y de conformidad con el artículo 82 de la Constitución Federal, vengo ante la Suprema Representación de la Nación a dimitir el cargo de Presidente Constitucional con que me honró el voto nacional; y lo hago con tanta más razón, cuanto que para retenerle sería necesario seguir derramando sangre mexicana, abatiendo el crédito de la nación, derrochando mi riqueza, cegando sus fuentes y exponiendo su política a conflictos internacionales."

Esto sucedía el 25 de mayo de 1911. El día 21 del mismo mes se firmaba en C. Juárez, ya en poder de los revolucionarios un convenio que daba fin a la contienda armada. Los puntos claves son los siguientes:

"Unico.—Desde hoy cesarán en todo el territorio de la República las hostilidades que han existido entre las fuerzas del Gobierno del Gral.

Díaz y las de la Revolución; debiendo éstas ser licenciadas a medida que en cada Estado se vayan dando los pasos necesarios para restablecer y garantizar la paz y el orden público."

"Transitorio.—Se procederá desde luego a la reconstrucción o reparación de las vías telegráficas y ferrocarrileras que hoy se encuentran interrumpidas. Firman el tratado los señores Lic. Francisco S. Carvajal, en representación del Gobierno del Gral. Díaz, y en nombre de la Revolución, Doctor Francisco Vázquez Gómez, don Francisco Madero, padre de don Francisco I. Madero y Lic. José Ma. Pino Suárez."

Ante este hecho, don Venustiano Carranza, secretario de guerra en el gabinete de Madero, expresó estas visionarias palabras: "Revolución que tranza, revolución que fracasa."

Por su parte el talentoso y agudo político, licenciado Luis Cabrera envió una carta pública a Madero en la que le decía, entre otras expresiones de penetración realista lo siguiente:

"Las revoluciones son siempre operaciones dolorosísimas para el cuerpo social; pero el cirujano tiene ante todo el deber de no cerrar la herida antes de haber limpiado la gangrena. La operación, necesaria o no, ha comenzado: usted abrió la herida y usted está obligado a cerrarla; pero guay de usted, si acobardado ante la vista de la sangre o conmovido por los gemidos de dolor de nuestra patria cerrara precipitadamente la herida sin haberla desinfectado y sin haber arrancado el mal que se propuso usted extirpar; el sacrificio habría sido inútil y la historia maldecirá el nombre de usted, no tanto por haber abierto la herida, sino porque la patria seguiría sufriendo los mismos males que ya daba por curados y continuaría además expuesta a recaídas cada vez más peligrosas, y amenazada de nuevas operaciones cada vez más agotantes y cada vez más dolorosas."

El tiempo confirmó plenamente los temores de estos dos personajes, que el destino uniría dos años después en una lucha reivindicadora, don Venustiano como primer jefe de la Revolución Constitucionalista, y el licenciado Cabrera como uno de los más cercanos, leales y eficaces colaboradores.

Razones había de sobra para pensar en forma pesimista. Conforme a los tratados de C. Juárez, serían licenciados los revolucionarios, en cambio los cuadros políticos, sociales, administrativos y militares del teóricamente vencido régimen porfirista quedaban en pie.

Había cambiado la fisonomía del país. Se abrían las puertas de la li-

bertad de prensa, y si en un principio la figura de Madero era enaltecida no pasó mucho tiempo en que se pasara de la libertad al libertinaje.

El día 7 de junio de 1911, es decir, 15 días después de los arreglos de C. Juárez, entró Madero a la ciudad de México. El recibimiento tuvo características inusitadas. Hubo derroche de alegría, de tal manera, que la tumultuosa forma de actuar del pueblo daba la impresión de una locura colectiva. Don Francisco Bulnes, al comentar el acontecimiento, dijo que la popularidad de Madero era semejante a la de la Virgen de Guadalupe.

En octubre tuvieron lugar las elecciones, participando tres planillas figurando en ellas como candidato a la Presidencia Madero, y como Vice-Presidente, respectivamente, el licenciado José Ma. Pino Suárez, doctor Francisco Vázquez Gómez y licenciado Francisco León de la Barra. El triunfo correspondió a la primera planilla. Como al iniciarse la campaña política el doctor Vázquez Gómez había integrado la planilla con Madero, y tratándose de una persona de alta calidad intelectual, su exclusión provocó desajustes profundos entre la plana mayor del maderismo.

Al tomar posesión de la Presidencia don Francisco I. Madero, el 6 de noviembre de ese mismo año de 1911, ya su partido mostraba grietas peligrosas.

Siguieron días de ajustes administrativos, de tanteos políticos, de críticas acerbas aun dentro de los mismos revolucionarios, y de rebeldías en el campo entre las que contaba en primer lugar la de Emiliano Zapata, que al grito de "Tierra y libertad" dominaba Morelos y parte de Puebla y de Guerrero.

Con ser esto suficiente para mantener la intranquilidad, había que agregar la actitud de la prensa, que a medida que transcurría el tiempo avanzaba su agresividad contra el régimen. Con el fin de contrarrestar en lo posible la agresiva actitud periodística, un grupo de amigos de Madero fundaron el diario *Nueva Era*, que poco pudo hacer de provecho.

La opinión pública, antes a favor de Madero ciento por ciento, cambiaba en su contra especialmente en el Distrito Federal. En provincia seguía manteniéndose el sentimiento maderista; pero la confusión aumentaba con las noticias y comentarios de la prensa de México y con los rumores de los malquerientes que hacían circular.

Se creó una atmósfera pesada, artificial, pero efectiva, en descrédito de cuanto hacía o dejaba de hacer Madero. Para él todo caminaba bien, su optimismo, basado en el ideal de libertad le hacía ver que cuanto estaba pasando era producto precisamente de esa libertad de que se gozaba y que, como consecuencia el pueblo seguiría estando con él. Desoyó a sus amigos, fío en sus enemigos francos y solapados hasta que la catástrofe vino a probarle el error en que se encontraba.

El más destacado de los jefes revolucionarios maderistas, el general Pascual Orozco, desconoce al presidente Madero al frente de las fuerzas que comanda en el estado de Chihuahua. Salen fuerzas del gobierno a combatirlo, se efectúan sangrientas batallas y es al fin vencido. En esa ocasión el general Victoriano Huerta, en calidad de general en jefe de la columna gobiernista se adjudica los laureles de la victoria que poco después ha de arrastrar por el lodo de la ignominia.

No se apagaban todavía los ecos de la rebelión orozquista cuando estalla la llamada "Decena Trágica". Inicia el cuartelazo el general Manuel Mondragón. Al frente de dos mil hombres, entre soldados de línea y alumnos de la Escuela de Aspirantes, marcha de Tlalpan hacia la ciudad de México en actitud de rebeldía.

Son liberados de la prisión los generales Bernardo Reyes y Félix Díaz. Aumenta el número de sublevados y formándose dos columnas marchan, una sobre el Palacio Nacional, al mando del general Reyes, quien es muerto al trabarse el combate. La otra columna logra tomar la fortaleza de la ciudadela y allí se hacen fuertes. Es el 9 de febrero de 1913.

Madero pone en manos del general Victoriano Huerta la suerte de su gobierno. Se combate día y noche hasta el momento en que Huerta se entienda con el enemigo traicionado a quien había confiado en su honor de soldado.

Apresados Madero y Pino Suárez son villanamente asesinados el 22 del mismo mes de febrero. La traición de Huerta le valió llegar a la Presidencia de la República.

Inmediatamente después de estas tragedias ignominiosas renació la revolución, en esta vez con caracteres de total reivindicación en los planos políticos y sociales.

En Coahuila se formalizó el movimiento. El gobernador del estado, don Venustiano Carranza y la legislatura local desconocieron al presidente usurpador, general Victoriano Huerta y a todas las autoridades federales y estatales que lo obedecieran. Quedó consignada esta actitud en el Plan de Guadalupe firmado en la hacienda de ese nombre el 26 de marzo de 1913, siendo designado don Venustiano primer jefe del Ejército constitucionalista, título impuesto a la nueva revolución.

El plan se concretaba a la cuestión política encaminada a volver al régimen constitucional, pisoteado por el más abominable militarismo cuartelario. Había que concentrar la atención revolucionaria en este aspecto, sin

perjuicio de ir estudiando las cuestiones sociales del campo y de la ciudad, para aprovechar aquello que fuese conveniente.

Con rapidez vertiginosa se extendió la revolución en la amplitud del territorio nacional. Puede asegurarse que no se sustrajo a la acción punitiva ningún poblado. En pocos meses sumaban centenares de miles los hombres armados.

Los combates tenían lugar diariamente, unas veces con resultados favorables, otras adversos; lo que contaba en última instancia es el saldo favorable a la insurrección.

Fueron cayendo en poder de los revolucionarios ranchos, villas y ciudades. Ahora una capital de estado, mañana otra, hasta reducir al ejército federal a un territorio sumamente limitado.

Llegó el momento en que el general Huerta renunció al poder huyendo al extranjero. Designado presidente provisional al licenciado Francisco Carvajal con él se trató de la rendición incondicional. La experiencia aconsejaba un proceder enérgico. Después de algunas vacilaciones aceptó el licenciado Carvajal la exigencia de don Venustiano.

Con la entrada triunfal de los contingentes constitucionalistas a la ciudad de México, y la disolución del ejército federal, la Revolución había triunfado.

Los intereses creados durante el porfirismo no perdían las esperanzas de conquistar posiciones dentro de la Revolución. Movían los hilos de la intriga, como lo hicieron contra Madero al inflar la figura de Pascual Orozco, y ahora utilizaban el prestigio guerrillero de Francisco Villa, el Centauro del Norte, para enfrentarlo al primer jefe don Venustiano Carranza.

Tras una serie de incidentes que principiaron con el ataque y toma de Zacatecas por Villa, y después con las convenciones militares de la ciudad de México y de Aguascalientes, más la designación de un presidente provisional, que recayó en el general Eulalio Gutiérrez. Como antecedente existía la exigencia de Villa para que don Venustiano renunciara a la jefatura de la Revolución.

Maduró la intriga y los que habían luchado unidos contra la usurpación huertista, se lanzaron a una contienda todavía más encarnizada que la anterior.

Las fuerzas que se enfrentaban habían quedado más o menos equilibradas en potencia bélica; pero de parte de Carranza existía la fuerza de la razón y de la justicia, la fuerza del verdadero ideal revolucionario.

Los ejércitos bien equipados y disciplinados, mandados por jefes valientes y fogueados, se enfrascaron en batallas seguramente en las que, en todos los tiempos, han sido las más sangrientas y en las que han intervenido mayor número de soldados.

Quedan en las páginas de la historia, en mención de estos hechos de armas los nombres de las ciudades de Celaya, Trinidad, León, Aguascalientes, El Ebano, Chihuahua...

La historia, cansada de crear se repite. Ciertamente o no este principio, es el caso de que de esta implacable contienda surgió un nuevo caudillo, que causaría después al país nuevos quebrantos, el general Alvaro Obregón, a quien se le atribuyó el triunfo. Cosa esta que está por dilucidarse puesto que hubo otros que merecen la primacía, como el general Francisco Murguía; pero no es esta la ocasión de entrar en pormenores.

Vencida la insurrección villista convocó don Venustiano, ya en carácter de Presidente de la República, a un Congreso Constituyente. Se reunieron los diputados electos en el Teatro Iturbide de Querétaro a fines de 1916, y después de las labores correspondientes se promulgó la nueva Constitución el 5 de febrero de 1917. En ella se contienen los puntos de carácter social que demandaba la época. Cuestiones de los campesinos, de los obreros, de la propiedad del subsuelo...

Había reservado el destino a México más inquietudes, desasosiego, traiciones y dolor.

Terminaría don Venustiano su período de gobierno constitucional el 10 de diciembre de 1920, y las elecciones serían el primer domingo de julio. La campaña electoral para fines de 1919 estaba ya en su apogeo. Contendían tres candidatos: los generales Alvaro Obregón y Pablo González y el ingeniero Ignacio Bonillas.

El obregonismo se manifestaba extraordinariamente activo y agresivo; el gonzalismo actuaba con moderación y bien organizado. Ambos grupos atacaban a don Venustiano asegurando que trataba de imponer al ingeniero Bonillas. Esta arma, aun cuando carecía de justificación y de lógica hacía profunda mella en la opinión pública.

Era notorio que la publicidad de los generales Obregón y González, especialmente la del primero, opacaba la del ingeniero Bonillas por completo. Faltaban a éste elementos pecuniarios para competir en ese plano con sus adversarios. La razón radicaba en el hecho, comprobado en el momento de la crisis, que quienes podían ayudar con dinero estaban con Obregón o con González.

En efecto, de los gobernadores solamente estaban con Bonillas cinco, y en cuanto a los generales el ochenta por ciento respaldaban a Obregón o a

González. Además, como principio imperativo de imparcialidad, había dispuesto don Venustiano que de la Tesorería de la Nación no se empleara un solo centavo. Esta línea de conducta siguieron los gobernadores bonillistas.

No se llegó a las elecciones. El 24 de abril de 1920 se expidió el Plan de Agua Prieta, a pretexto de una supuesta imposición, declarando desaparecidos los Poderes de la Unión. El movimiento lo encabezaban los obregonistas, general Plutarco Elías Calles y don Adolfo de la Huerta, gobernador de Sonora.

El ambiente estaba admirablemente preparado. A partir de ese momento, los generales con mando de fuerzas, fueron adhiriéndose al Plan sin necesidad de combatir. Y como si esto fuese poco el general González se adhirió también al movimiento, poniéndose al frente de importantes contingentes de tropas. La suerte del gobierno estaba condenada a la derrota. Gráficamente el licenciado Luis Cabrera calificó esta revolución de huelga de militares.

Cercado el Presidente de la República, con elementos fieles abandonó la ciudad de México ocupando varios trenes con destino a Veracruz. Perseguido por los rebeldes se combate diariamente hasta llegar a estación de Apizaco, en donde la superioridad del enemigo convierte la expedición en un desastre.

Con un grupo pequeño de militares y civiles se interna Carranza en la Sierra de Puebla en donde la traición lo espera. Caminata penosa en lo físico y en lo moral. Entereza de Carranza, agobio, desesperación y pesimismo en la comitiva. El instinto de conservación obliga a seguir adelante, desafiando el frío, la lluvia pertinaz, y lo abrupto del terreno, que entre peñascos y matorrales estrechos las veredas fueron trabajosamente salvadas por los caballos.

En una apertura de la serranía se presenta un individuo que reconoce el general Mariel como el general Rodolfo Herrero. Lo presenta a don Venustiano en calidad de amigo y conocedor de la región. Se muestra amable y servicial ofreciendo sus servicios con lealtad.

Sigue el grupo sierra arriba guiado por Herrero. Se llega a un lugar al parecer deshabitado en donde se hace alto, diciendo Herrero que allí se pernocte, con la seguridad de que no había problemas, pues a corta distancia tiene sus soldados.

Es el 19 de mayo de 1920, va cayendo la tarde empapada de la lluvia. En unos cuantos jacalones se acomodan todos. Queda el señor Presidente con cuatro acompañantes en el que le señaló el general Herrero, como el mejor. Sigue lloviendo, la noche oculta caras y sentimientos. Se retira He-

rero con cualquier pretexto. El cansancio y el hambre silencian el campamento. El sueño vence a todos.

Es la madrugada, entre los breñales se arrastran como víboras los soldados de Herrero, y cuando se encuentran a corta distancia del jacal que ocupa don Venustiano hacen varias descargas cerradas. Sabían el lugar preciso en que estaba y no erraron. Las balas traidoras cumplieron su misión. Nació apenas el nuevo día, el 21 de mayo. Cuando se había consumado el crimen apareció Herrero levantando el campo: el cadáver de don Venustiano y la detención, en calidad de prisioneros de quienes lo acompañaban.

¡Digno epílogo del Plan de Agua Prieta!

Habían transcurrido tres años después de estos acontecimientos, y de nuevo el país se acercaba a nueva tragedia. Como producto del Plan de Agua Prieta, que dio fin al Gobierno Constitucional de don Venustiano Carranza, fue electo Presidente de la República el general Alvaro Obregón. Su período terminaría el 10. de diciembre de 1924.

Para sustituirlo se lanzaron las candidaturas de don Adolfo de la Huerta y del general Plutarco Elías Calles, unidos en el Plan de Agua Prieta y desligados radicalmente en esta ocasión.

La opinión pública se inclinaba francamente hacia el señor de la Huerta; pero no así el general Obregón. Obraba contrariando su actitud cuando él era candidato. Entonces, so pretexto de la imposición que se decía pretendía realizar don Venustiano lo combatió con las armas en la mano.

En esta ocasión la imposición la realizó él. Pero antes, conocedor de estas cuestiones hostigó a los delahuertistas hasta obligarlos a la rebeldía.

El 3 de diciembre de 1923 daba principio la Revolución encabezada, contra su voluntad, por el señor de la Huerta. La lucha fue encarnizada. Murieron en el campo de batalla fusilados centenares de personajes entre los que contaban en mayor número los generales.

Es de observar que con algunas excepciones, la mayoría de los jefes delahuertistas habían formado parte del Plan de Agua Prieta, es decir, habían sido convencidos obregonistas.

Hecha la paz se efectuaron las elecciones saliendo avante la candidatura del general Calles. Su administración se distinguió por el ímpetu que dio a las obras de comunicación y a la cuestión bancaria.

Se proyectó y se adelantó bastante la carretera de México a Laredo, y se constituyó el Banco de México, único capacitado para emitir billetes. Trató

de aquietar antagonismos políticos, principiando por crear el Partido Revolucionario de México con la idea de aglutinar a todos los partidos políticos integrados por revolucionarios.

El 3 de octubre de 1927 ocurrió un acontecimiento que estremeció de horror a todo el país. Se aprestaban los políticos a organizarse para participar en las elecciones que se realizarían en julio del año siguiente.

Un grupo, encabezado por el general Francisco Serrano se reunió en un hotel de Cuernavaca, con el fin de cambiar impresiones pues el general Serrano aspiraba a la candidatura presidencial. Sorpresivamente un destacamento del ejército federal aprehendió a las personas allí reunidas. En forma que puede calificarse de milagrosa se salvaron el general Antonio I. Villarreal y el licenciado Francisco J. Santamaría.

Trasladados en automóviles rumbo a la ciudad de México, todos sujetos de las manos con alambre, al llegar a un lugar llamado Huitzilac fueron acribillados a balazos, sin formación de causa. Llegaron a México los cadáveres hacinados en automóviles como carneros degollados.

Entre si fue Calles u Obregón quien ordenó la muerte infamante de 13 personas de alta categoría social y política, es cuestión que con detalles ha recogido la historia. Cabe destacar que el general Serrano había ocupado la Secretaría de Guerra en la administración de Obregón y desempeñó durante varios años el puesto de Jefe de su Estado Mayor.

La versión del claridioso y cáustico escritor Roberto Blanco Moheno, en su obra *Crónica de la Revolución Mexicana*, tomo II es la siguiente:

"Sobre la carretera federal a Cuernavaca, ya cerca de la tierra caliente, en una de las mil curvas del camino, puede el viajero ver, todavía, catorce cruces de hierro. El sitio se llama Huitzilac, donde Obregón realizó su postrera hecatombe... He aquí la lista de las víctimas, de las nuevas víctimas en le empeño de Obregón de 'salvar a México de sus salvadores': Gral. Francisco R. Serrano, Gral. Carlos A. Vidal, Cnel. Miguel A. Peralta, Daniel A. Peralta, Gral. Carlos V. Ariza, Lic. Rafael Martínez de Escobar, Alfonso Capetillo Robles, Augusto Peña, Antonio Jáuregui, Ernesto Noriega Méndez, Gral. Octavio Almada, Lic. José Villa Arce, Lic. Otilio González y Enrique Monteverde Jr."...

De las órdenes correspondientes dice Blanco Moheno, como si en lugar de pluma usara una daga florentina:

"Es por la tarde, en el Castillo de Chapultepec, residencia del Presidente de la República, Gral. Plutarco Elías Calles. El Jefe del Eje-

cutivo da órdenes a dos generales... Usted, Gral. José Alvarez, en su carácter de Jefe de Estado Mayor Presidencial, hará después el escrito dirigido al Gral. Claudio Fox... Usted Gral. Fox, me responde con su vida de esas aprehensiones... y de esas vidas. Quiero ver vivos aquí a todos, sobre todo al 'cabezón'.

"Perdone, señor Presidente —interrumpe Fox— ¿quién es el cabezón?"

"Pancho Serrano.

"Fox se cuadra. Va a salir ya. Da media vuelta. Y entonces se topa, de manos a boca, con la muerte. La muerte viene con un brazo de menos, y chispas en los ojos claros. Es Alvaro Obregón grita:

"Nada de eso. ¡Los quiero muertos, a todos!"

"Claudio Fox sabe que el jefe nato del Ejército es el Presidente de la República. Voltea a ver a Calles. Está consciente de que hace un papel muy desairado, pero consciente también, de que su obediencia a Obregón es necesaria, y hasta justa si ha de salvarse la Revolución, conserva la dignidad solamente en la imperturbabilidad de la cara, dura y angulosa, como labrada a golpes de machete:

"Ya oyó usted al señor Gral. Obregón: obedézcalo"...

Descripción tajante la de Blanco Moheno, de sabor trágico. Menos agresivo el ingeniero Vito Alessio Robles, se ocupa de la misma masacre, en su artículo publicado en la revista *Todo* el 5 de noviembre de 1935. En lo relativo dice:

"El general Obregón, desde el Castillo de Chapultepec, dictó todas las órdenes con la anuencia y complicidad de Calles, y aún cuando este último tenía toda la responsabilidad legal, el moralmente responsable en aquellos momentos trágicos fue el Gral. Obregón. Este ordenaba imperiosamente y el encabezado del Poder Ejecutivo callaba y obedecía sin replicar. En mi infecta prisión supe al día siguiente el asesinato del general Serrano y de trece acompañantes suyos en la carretera de Cuernavaca... Se mascaba el terror, según gráfica frase de Pérez Moreno"...

Sin desmerecer en cuanto a fidelidad de los hechos narrados por Blanco Moheno, lo dicho por Alessio Robles merece completo crédito, por tratarse de un historiador de amplia ejecutoria de seriedad.

Días después, por los mismos motivos se levantaba en armas en Veracruz el general Arnulfo G. Gómez, uno de los militares de mayor confianza de

Obregón. Perseguido sin descanso cayó prisionero encontrándose seriamente enfermo. Mereció se le formara Consejo de Guerra sumario siendo fusilado.

Estas situaciones se originaron en atención a que el general Obregón pretendía reelegirse, cosa que indignó a muchos de sus más allegados colaboradores.

Abortado lo que pudo ser una revolución quedó libre el camino para la elección, de nueva cuenta, de Obregón. Previamente se reformó la Constitución de manera de quitar la drástica disposición de la no reelección.

Realizados los comicios triunfó Obregón. Había sufrido la Revolución un serio descalabro en uno de sus básicos principios. No faltaron los agoreros que predecían la estancia indefinida de Obregón en el Poder, siguiendo los mismos pasos de don Porfirio.

El destino no permitió que se comprobara la predicción. Para celebrar el triunfo del primer domingo de julio de 1928, los amigos íntimos lo agasajaron con un banquete en el restaurante La Bombilla, el día 17 del mismo mes.

Cuando el entusiasmo se desbordaba en alabanzas al "héroe de Celaya", un individuo, de aspecto inofensivo, se acercó a Obregón con el propósito según decía, de hacerle un dibujo. En contacto con él, sin que nadie lo advirtiese, le disparó un balazo en la cabeza.

Confusión indescriptible; Obregón se doblega pausadamente, estaba muerto. Varios de los comensales sujetaron al homicida, y una voz fuerte, sonora, dominó el ambiente, era Aurelio Manrique que gritaba ¡no lo maten, no lo maten!

El artero homicida, sin inmutarse, a pesar de los golpes recibidos, dijo llamarse José de León Toral y obrar por cuenta propia. Sometido al juicio de rigor se le sentenció a muerte, siendo fusilado.

La magnitud del acontecimiento impactó seriamente en la vida del país. Con el fin de arreglar la situación, el general Calles, Presidente de la República, convocó a junta a los generales con mando de fuerzas. Después de varias reuniones acordaron designar al licenciado Emilio Portes Gil, Presidente Interino, quien convocaría a elecciones. Llenados los requisitos del caso se efectuaron las elecciones triunfando el general Pascual Ortiz Rubio.

Pero antes es preciso hacer referencia al último levantamiento. El día 3 de octubre de 1929 se rebelaban numerosos militares al frente de las tropas que mandaban.

En Torreón el general José Gonzalo Escobar. En Chihuahua el general Marcelo Caraveo. En Veracruz el general Jesús Aguirre. En Sonora el general Topete. En Durango el general Domingo Arrieta, y algunos otros más en diversos lugares del país.

Una rápida movilización de las fuerzas gobiernistas acabaron en tres meses con el incendio que amenazaba envolver en llamas todo el territorio nacional.

Con esta rebelión abortada terminó el ciclo, ya muy prolongado, de revoluciones, asonadas y cuartelazos.

SEXTA ETAPA

En ese lapso tan prolongado, que arranca de 1910 y termina en 1930, ¿qué había sucedido en Monterrey, que es decir en Nuevo León?

Como en la revolución maderista, estallada el 20 de noviembre de 1910, no participó Nuevo León con las armas, prácticamente la situación social y económica se mantuvo en un ritmo de actividad constructiva.

La industria mueblera había alcanzado un nivel envidiable. En septiembre de 1910, con motivo de las festividades organizadas para celebrar el centenario de la iniciación de la Independencia, entre los números más atractivos se cuenta la inauguración del Mercado Juárez, con una exposición industrial en la que se exhibieron los productos locales, siendo entre los de mayor atractivo el calzado y los muebles. También causaron buena impresión los artículos de tocador, como jabones, talcos, agua florida, lociones, cremas...

En suma, se trataba de un espectáculo alentador, estimulante, que hacía olvidar, aun cuando fuese por momentos, la agitación política llena de presagios sombríos.

Con fastuosidad se efectuó en el remozado Teatro Independencia la fiesta luminosa de los Juegos Florales, organizada por la Colonia Española, que en el fondo llevaba una especie melancólica de la despedida, como españoles, de lo que no era ya sino una reminiscencia de su nacionalismo, envuelto en el manto, ya con los colores del verde, blanco y colorado, de la llamada "Colonia Española". A poco andar, con el injerto de las nuevas generaciones, quedó fundida en la mexicanidad.

Obregón. Perseguido sin descanso cayó prisionero encontrándose seriamente enfermo. Mereció se le formara Consejo de Guerra sumario siendo fusilado.

Estas situaciones se originaron en atención a que el general Obregón pretendía reelegirse, cosa que indignó a muchos de sus más allegados colaboradores.

Abortado lo que pudo ser una revolución quedó libre el camino para la elección, de nueva cuenta, de Obregón. Previamente se reformó la Constitución de manera de quitar la drástica disposición de la no reelección.

Realizados los comicios triunfó Obregón. Había sufrido la Revolución un serio descalabro en uno de sus básicos principios. No faltaron los agoreros que predecían la estancia indefinida de Obregón en el Poder, siguiendo los mismos pasos de don Porfirio.

El destino no permitió que se comprobara la predicción. Para celebrar el triunfo del primer domingo de julio de 1928, los amigos íntimos lo agasajaron con un banquete en el restaurante La Bombilla, el día 17 del mismo mes.

Cuando el entusiasmo se desbordaba en alabanzas al "héroe de Celaya", un individuo, de aspecto inofensivo, se acercó a Obregón con el propósito según decía, de hacerle un dibujo. En contacto con él, sin que nadie lo advirtiese, le disparó un balazo en la cabeza.

Confusión indescriptible; Obregón se doblaba pausadamente, estaba muerto. Varios de los comensales sujetaron al homicida, y una voz fuerte, sonora, dominó el ambiente, era Aurelio Manrique que gritaba ¡no lo maten, no lo maten!

El artero homicida, sin inmutarse, a pesar de los golpes recibidos, dijo llamarse José de León Toral y obrar por cuenta propia. Sometido al juicio de rigor se le sentenció a muerte, siendo fusilado.

La magnitud del acontecimiento impactó seriamente en la vida del país. Con el fin de arreglar la situación, el general Calles, Presidente de la República, convocó a junta a los generales con mando de fuerzas. Después de varias reuniones acordaron designar al licenciado Emilio Portes Gil, Presidente Interino, quien convocaría a elecciones. Llenados los requisitos del caso se efectuaron las elecciones triunfando el general Pascual Ortiz Rubio.

Pero antes es preciso hacer referencia al último levantamiento. El día 3 de octubre de 1929 se rebelaban numerosos militares al frente de las tropas que mandaban.

En Torreón el general José Gonzalo Escobar. En Chihuahua el general Marcelo Caraveo. En Veracruz el general Jesús Aguirre. En Sonora el general Topete. En Durango el general Domingo Arrieta, y algunos otros más en diversos lugares del país.

Una rápida movilización de las fuerzas gobiernistas acabaron en tres meses con el incendio que amenazaba envolver en llamas todo el territorio nacional.

Con esta rebelión abortada terminó el ciclo, ya muy prolongado, de revoluciones, asonadas y cuartelazos.

SEXTA ETAPA

En ese lapso tan prolongado, que arranca de 1910 y termina en 1930, ¿qué había sucedido en Monterrey, que es decir en Nuevo León?

Como en la revolución maderista, estallada el 20 de noviembre de 1910, no participó Nuevo León con las armas, prácticamente la situación social y económica se mantuvo en un ritmo de actividad constructiva.

La industria mueblera había alcanzado un nivel envidiable. En septiembre de 1910, con motivo de las festividades organizadas para celebrar el centenario de la iniciación de la Independencia, entre los números más atractivos se cuenta la inauguración del Mercado Juárez, con una exposición industrial en la que se exhibieron los productos locales, siendo entre los de mayor atractivo el calzado y los muebles. También causaron buena impresión los artículos de tocador, como jabones, talcos, agua florida, lociones, cremas...

En suma, se trataba de un espectáculo alentador, estimulante, que hacía olvidar, aun cuando fuese por momentos, la agitación política llena de presagios sombríos.

Con fastuosidad se efectuó en el remozado Teatro Independencia la fiesta luminosa de los Juegos Florales, organizada por la Colonia Española, que en el fondo llevaba una especie melancólica de la despedida, como españoles, de lo que no era ya sino una reminiscencia de su nacionalismo, envuelto en el manto, ya con los colores del verde, blanco y colorado, de la llamada "Colonia Española". A poco andar, con el injerto de las nuevas generaciones, quedó fundida en la mexicanidad.

El programa abarcaba desfile de carruajes adornados, kermeses, bailes populares, desfile de tropas, funciones teatrales y de circo, corridas de toros, y todo cuanto, en estas ocasiones, es motivo de diversión.

El comercio y los Bancos operando con éxito. Había que agregar a los existentes —Nuevo León, Milmo y Mercantil— las sucursales del Banco Nacional de México y del de Londres y México.

Esta situación se mantuvo inalterable durante los años de 1910, 1911 y 1912, a pesar de los cambios habidos en el Estado en lo político.

Pero llegó el año de 1913 con un cortejo de acontecimientos que ensombreció el ambiente. Si antes Nuevo León había sorteado las dificultades, las cosas habían sufrido transformaciones de tal importancia que el cambio se imponía.

A la campaña de virulentos ataques emprendida, especialmente en la ciudad de México, siguió la llamada decena trágica, que culminó con el asesinato del Presidente y el Vice-Presidente de la República, don Francisco I. Madero y licenciado José Ma. Pino Suárez, todo provocado por la traición del general Victoriano Huerta. Crimen realizado el 22 de febrero de 1913.

Había llegado el momento de que Nuevo León hiciera acto de presencia en los campos de batalla, en los que se reivindicaría el respeto a la Constitución y se aplicarían las sanciones correspondientes a los causantes de dramas tan repugnantes.

No es este relato el apropiado para hacer una descripción circunstanciada de los hechos relativos. Baste con recordar, exclusivamente, a los generales de nuestro Estado que participaron en las acciones guerreras, por ser poco menos que imposible mencionar a los jefes de menor graduación. He aquí a los que retienen mi memoria: Pablo González, Antonio I. Villareal, Marciano González, José E. Santos, Teodoro Elizondo, José Elizondo, Fortunato Zuazua, Pablo Quiroga, Porfirio G. González, licenciado Pablo A. de la Garza, Gregorio Morales Sánchez, licenciado Aarón Sáenz, Anacleto Guerrero, Bonifacio Salinas Leal, Federico Amaya, Juan F. Azcárate, José López Zuazua, Jesús Santos Mendiola, José Cavazos, Aristeo Canales, Juan B. Lara, Francisco G. Peña, Reynaldo Garza, Jesús M. Garza, Jesús Garza M., Jesús de la Garza, Heliodoro Pérez, Jesús Morales, Armando Garza Linares, Daniel Gutiérrez Santos, Félix Lozano, Absalón Lozano, Ismael Hernández, Manuel Flores, Lázaro Alanís.

En la medida en que los hombres del Estado participaban en estas actividades, disminuía la vitalidad económica. Llegó el caso de no quedar en algunos Municipios un solo hombre capaz de empuñar un arma que no se fuera a la revolución. Como se sucedieron las campañas guerreras por diversas causas, del 13 hasta el 30, no cesó la agitación salvo breves períodos

en los que no había tiempo suficiente de tranquilidad para regularizar los negocios.

A pesar de todo: pésimas comunicaciones, cambios bruscos de autoridades, falta de garantías, carencia de materias primas, y cuantas trabas se presentan en estos casos, el ritmo de trabajo siguió aquí aun cuando en forma irregular.

De las industrias que con más eficacia trabajaron, es de mencionar a las fábricas de muebles, de zapatos y de ropa. "La Malinche" hizo una especialidad de la fabricación de sillas de encino, resistentes y de buen aspecto. Por supuesto que para traer la materia prima había que hacer prodigios.

Las incomunicaciones se sucedían, primero en la lucha contra el usurpador Huerta —1913-1914—; después en la contienda entre Carranza y Villa —1915-1917—; más adelante con motivo del Plan de Agua Prieta, 1920; y posteriormente con la revolución encabezada por don Adolfo de la Huerta —1923-1924—; a la que siguieron los movimientos de los generales Francisco Serrano y Arnulfo R. Gómez, para cerrar el ciclo de pronunciamientos —1929— con la revuelta que dirigió el general José Gonzalo Escobar.

Sin entrar en detalles sobre la materia económica-social, cabe decir que en este lapso se detuvo la expansión de los negocios. De 1910 a 1920 la población de Monterrey permaneció estática, y con pocas alternativas favorables, puede decirse lo mismo sobre producción, comercio y movimiento financiero.

En lo que respecta a diversiones, rara vez se careció de espectáculos teatrales. Cabe asegurar que hubo un notable auge, especialmente en la comedia, así como en lo que respecta a la opereta y a la zarzuela, que mantenían el interés del público por tiempo indefinido. Las estadías de las compañías se contaban por meses.

A fuerza de escuchar día a día, durante años, las peripecias de los combates, y de percibir el estruendo de los fusiles y de los cañones, se llegó a considerar todo ello como parte de la vida ordinaria.

Transcurría el curso de los sucesos marginando la tragedia para dar lugar a la distracción, como válvula de escape. De otra manera podía convertirse la ciudad en un manicomio o en un cementerio.

Se inicia la corriente firme en el mundo complicado de los negocios a partir de 1930. Había pasado la pesadilla de los cuartelazos y todo hacía suponer que se entraba a una nueva perspectiva llena de promisiones.

No era cosa fácil sacudir el marasmo que había causado la sucesión de acontecimientos bélicos, que dejaba un remanente emocional propicio a la desconfianza. Algunos hombres de empresa decían que convenía esperar a que se aclarara la situación. Si bien el estruendo de las armas había cesado, ocupaba su lugar la demagogia, agraria y religiosa.

Urgía tomar una decisión, se había perdido demasiado tiempo y las vacilaciones a nada conducirían. Se decidió la cuestión por el lado positivo, había que trabajar.

Ante la inercia de la mayor parte de los hombres de empresa del país, se hizo sentir el impulso que aquí se daba a la producción en todos los órdenes. Las industrias ya establecidas cobraron su posición correcta: mejorar instalaciones, administración y calidad. El comercio a dar señales de actividad a través de todas las líneas de comunicación. Las instituciones crediticias a operar en la forma más dinámica posible. En marcha toda acción.

Nacen nuevas fuentes de trabajo, aumentan los Bancos y se instala el 10 de julio de 1933 la primera financiera, "Sociedad General de Crédito". Con este alarde de optimismo despiertan quienes no querían creer en las posibilidades de paz.

En esa tarea de reconstrucción pasan los primeros diez años para llegar al de 1940. Duras pruebas habían sido vencidas. Las pérdidas anticlericales del general Calles, las actuaciones socialistas del Presidente de la República, general Lázaro Cárdenas, los discursos incendiarios del licenciado Vicente Lombardo Toledano, los desmanes de líderes obreros que intentaron suplantarse el Himno Nacional y la Bandera Tricolor por el himno bolchevique y la bandera rojinegra.

El carro del progreso impulsado por la iniciativa particular estaba en marcha, no había que detenerlo, y no tan solo no se le detuvo sino que, todo lo contrario, con un ímpetu digno de la noble causa, a partir de la iniciación de los años cuarenta, se le dio todavía más impulso.

Por todas partes se levantaron edificios fabriles, ya con la maquinaria más moderna, empleando los procedimientos técnicos adecuados. La gama de nuevos artículos fue ganado el mercado nacional.

Nació la industria química en grande escala, formándose varios grupos de gran capacidad económica y variedad de productos. La industria de la

construcción caminó velozmente a su integración, teniendo como base abundancia de cemento, de fierro estructural y de piedra arrancada al cerro de las Mitras y del Topo Chico.

Grande impulso recibió la elaboración de hilados y tejidos, y con ello se multiplicaron las fábricas de camisas, de pantalones y de ropa interior.

Al ser substituidas las cajas de madera por las de cartón surgieron las industrias de papel y cartón. Como complementarias se instalaron las impresoras.

Jugando carreras competitivas el comercio ocupó la posición que le correspondía, llegando al extremo de colocarse en primer lugar después del Distrito Federal.

Por cuanto a las finanzas se llegó a alturas insospechadas. Aumentaron notablemente los Bancos, las Financieras, las Sociedades Hipotecarias y de Seguros de toda índole. Cabe aquí mencionar, con los honores merecidos que varias de estas Instituciones han adquirido una categoría nacional, pues operan en todo el país. (En mi libro *Grandeza de Monterrey* me ocupó con pormenores de esta cuestión.)

Puede todavía haber una mención más de la potencia productora de Monterrey al recordar que numerosas industrias, además de contar con unidades en diversos lugares del país, han instalado otras plantas en el extranjero.

Un índice confiable es seguramente el relativo a la estadística del Seguro Social. En 1945, la inscripción de trabajadores sumaba 20,000 y 40,000 los beneficiarios; los patrones inscritos llegaban apenas a 2,100. Al año siguiente la consulta externa fue en número de 489,627, la hospitalización de 3,710, partos de 1,532, e intervenciones quirúrgicas de 1,464.

Las atenciones se prestaban en edificios rentados y hospitales subrogados. La población de la ciudad consistía en 250,000 habitantes.

El panorama actual —principios de 1974— es como sigue:

Habitantes calculados 1.200,000, de los cuales están asegurados: permanentes, 230,000, correspondiendo 850,000 beneficiarios. A esto hay que agregar 30,000 eventuales fabriles y de la construcción, estimándose los beneficios en 100,000.

Las consultas médicas en el año de 1973 se estiman en 3.000,000; ingresos a hospitales 72,000; intervenciones quirúrgicas 26,000, partos 37,000.

Todas las atenciones médicas se realizan en hospitales y clínicas propiedad del Seguro Social, en lo que se han invertido centenares de millones de pesos. En el año de 1973, la inversión en un hospital y 6 clínicas llega a la cantidad de \$311,530,000.00. Y la programación siguiente abarca un hospital de psiquiatría, otro especial, edificio para enfermería, ampliaciones de varias

clínicas, oficinas administrativas, y diversos edificios complementarios. Esta segunda etapa suma: \$ 240,145,000.00.

Por supuesto que la Delegación de Monterrey recauda, por cuotas obrero-patronales, alrededor de *novecientos millones de pesos anuales*.

Al iniciarse en Monterrey la seguridad social presidía la República el general Manuel Avila Camacho; gobernaba el Estado el licenciado Arturo B. de la Garza, y era Presidente Municipal de Monterrey don Constancio Villarreal. Fungía como Presidente de la Cámara de Comercio e Industria, don Miguel Margáin Zozaya; del Centro Patronal, don Antonio L. Rodríguez.

La administración general del Seguro Social estaba a cargo del licenciado Ignacio García Téllez y en la administración local se encontraba el licenciado Pablo Quiroga.

Pasemos a otros renglones tan interesantes como este. Me refiero a la Educación Pública. Su importancia requería de menciones específicas en multitud de situaciones, que la índole de este estudio no nos lo permite. Trataré de presentar el panorama a grandes rasgos, procurando dar una idea más o menos cabal del problema.

Del informe rendido por el general Bonifacio Salinas Leal, Gobernador del Estado, el 16 de septiembre de 1942 presentamos los siguientes datos:

“La tarea educativa está dividida entre la Dirección de Educación Primaria y Superior del Estado, que tiene a su cargo la Enseñanza Primaria y Secundaria, y el Consejo de Cultura Superior que controla la Enseñanza Profesional en sus diversos aspectos, incluyendo la que se imparte en la Escuela Normal para Maestros.

En el ciclo escolar 1941-1942 funcionaron 397 escuelas primarias oficiales, atendidas por 1,417 maestros. La matrícula alcanzó la cifra de 52,907 alumnos, 27,111 varones y 25,792 mujeres.

La iniciativa privada sostuvo 18 escuelas, atendidas por 120 maestros, matriculándose 7,033 alumnos, siendo 3,603 varones y 3,430 mujeres. Lo que da un total de 86,895 alumnos, frente a la estimación de 105,940 niños de ambos sexos.

Las cantidades invertidas en la Educación en el año fueron las siguientes: Gobierno del Estado \$ 2,831,483.23; Gobierno Federal... \$ 834,114.80, y particulares \$ 439,799.40. En obras materiales, nuevas aulas y reparaciones, el Estado gastó \$ 375,907.13.

Los ingresos del Estado durante el ejercicio del 1.º de agosto de 1941 al 31 de julio de 1942 sumaron la cantidad de \$ 8,079,871.00.

En el lapso de 31 años que dista de esta época —1941-1942— a la de 1973, la distancia en tiempo no es tanta en relación a la transformación sufrida.

Algunos datos sobre los mismos renglones glosados nos darán la panorámica de esta gran transformación.

El día primero de marzo de 1974, el Gobernador del Estado, Dr. Pedro Zorrilla Martínez, rindió ante el Congreso del Estado y representaciones de todos los sectores sociales, locales y nacionales, su Informe comprendiendo el año de 1973. El acto tuvo lugar en el amplio salón del Cinema Río 70.

Se impartió por el Gobierno la educación primaria y preescolar a 310,735 niños, atendidos por 7,022 Profesores, en 722 instituciones. En el año se construyeron 546 aulas, 29 laboratorios y 3 talleres con una inversión de \$ 76,343,000.00 de lo que aportó la Federación 62 millones 843 mil pesos; el Gobierno del Estado 7 millones quinientos mil pesos, y los particulares 6 millones de pesos.

El gasto total en la educación pública pasó de 650 millones de pesos, de los cuales se aplicaron a la Universidad 98 millones. La diferencia con lo gastado en 1942 es estratosférica.

Debemos agregar en materia educativa la existencia de más de cincuenta colegios particulares, el Instituto Tecnológico de Monterrey y las Universidades de Monterrey y Regiomontana. Entre todas estas escuelas puede estimarse un alumnado de 20 mil jóvenes y niños.

La capacidad económica de la región impone sus reglas. Si en 1942 los ingresos directos del Estado sumaron 8 millones de pesos, en 1973 alcanzaron la cifra de 822 millones. A esto hay que agregar las aportaciones de la Federación para educación y obras públicas que pasaron de 1,200 millones de pesos”.

Muestra política del grado de avance económico conglomerado social se refleja en el panorama recreativo, que abarca lo familiar, lo social y lo colectivo.

En todos los órdenes ha podido apreciarse una amplia gama de actos recreativos, que van desde la familia, a los clubes y se manifiestan con esplendor en las plazas y parques públicos.

Aparte de significar esta actitud ciudadana una magnífica demostración del poder adquisitivo de la mayoría de la población, es un escape merecido al espíritu sometido al trabajo creador, que necesita del ambiente reparador.

Las funciones teatrales se suceden ininterrumpidamente, con la presentación de los más destacados artistas y las obras de mayor categoría en la comedia, la opereta y la revista.

Es de anotar el vigor adquirido por los grupos locales aficionados al teatro, cuya calidad artística viene afinándose en forma notable. Mantienen en actividad, con notorio éxito, diversos teatros, como el del Maestro, el Grillo, de la República, etc.

De estas meritorias actividades han surgido actrices y actores que forman parte destacada de Compañías Metropolitanas.

Los circos nos visitan con frecuencia divirtiendo y llenando con público juvenil sus carpas. En forma permanente actúan los espectáculos de aparatos, que tienen como eje los caballitos, antiguos y siempre nuevos.

El carnaval popular aparece desterrado definitivamente de nuestra ciudad. Ha quedado reducido al Casino Monterrey y a algunos otros centros sociales. Tal vez sea lo más apropiado pues la última vez que se llevó a cabo popularmente, hará de ello unos diez años, resultó desastroso, por las incalificables tropelías cometidas por individuos incontrolables.

Por supuesto que estas fiestas rumbosas en otras partes tienen gran aceptación, aun cuando, si deja utilidades el turismo se pagan muy caro. Se estima que en Río de Janeiro, Brasil, hubo más de trescientas muertes en este último carnaval. ¿Cuánto vale una vida humana?

Por fortuna en nuestro medio no hacen falta esas fiestas populares, propicias al desenfreno de las pasiones bajas.

Agregamos a los espectáculos ya mencionados, las corridas de toros, el fútbol, el beisbol, el basketbol, la natación, el ciclismo, etc. Bien podemos decir que está saturado el ambiente de diversiones.

Buena llave para cerrar la puerta que nos ha permitido asomarnos a la evolución política, social y económica de Monterrey.

85236

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UAN

SIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO

CCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA